11. La música cotidiana en las misiones. Referencias sobre la música en las misiones jesuíticas de América del Sur en fondos antiguos de la Biblioteca Nacional de España

CLAUDIO FERRER LAFUENTE
Profesor de Historia de la Música en ESO

Recibido: 10/01/2017
Aceptado: 30/04/2017

11.1. Introducción

El trabajo de investigación *La música cotidiana en las misiones. Referencias sobre la música en las misiones jesuíticas de América del Sur en fondos antiguos de la Biblioteca Nacional de España* es un aporte, mediante la lectura de textos conservados en esta biblioteca, al análisis de la colaboración que ha tenido la música con la evangelización realizada por un buen número de misioneros que se prodigaron en las reducciones jesuíticas entre 1609 y 1767, años de la fundación de la primera reducción jesuítica o población de indios en Paraguay, San Ignacio Guazú[1], y la expulsión de los jesuitas (conocida en su época como extrañamiento), respectivamente.

Para ello se han buscado, seleccionado, copiado y analizado las citas sobre contextos musicales en una afinada lista de libros impresos que integran los fondos de incalculable valor de la Biblioteca Nacional de España, en Madrid, que se refieren a la historia de estas misiones en forma de crónicas. Dichas citas se usarán como hilo conductor para acercarnos y comprender mejor una ínfima parte de la historia de una parte de América del Sur, la de la cotidianeidad de la música en aquellos tiempos, que se tratará de entrever a través del relato de cronistas jesuitas que no eran músicos expertos.

Por lo tanto, no solamente se podrán leer aspectos de la vida diaria en las reducciones jesuíticas paraguayas, y no solamente donde la vida musical se dio con mayor énfasis, como en la de Chiquitos, sino también se transcribirán referencias sobre las prácticas musicales indígenas con las que se encontraron los sacerdotes jesuitas, que serán cambiadas por otras más santas y piadosas debido al poder de persuasión de la palabra y de las armas llevadas por los europeos. También podrá leerse cómo el canto y los instrumentos musicales humanizaron los procesos expedicionarios por selvas y ríos y las posteriores fundaciones de poblados llevados a cabo por aquellos infatigables aventureros con la construcción de iglesias, escuelas y viviendas en las duras condiciones imperantes. Allí, en ese ambiente de vida

1 «[…] la primera en tiempo de todas las Reducciones jesuíticas del Paraguay fue San Ignacio Guazú pues ésta se asentó en Itaquí a 29 de diciembre de 1609», mientras que Loreto, en el río Pirapó, fue la primera reducción del Guayrá, fundándose el 2 de julio de 1610 (Charlevoix, 1910-16, II, p. 36).

cristiana comunitaria, la música será una herramienta fundamental para dar interés a las celebraciones religiosas congregando en iglesias y catedrales a cientos de indígenas maravillados por los sonidos de la polifonía barroca y colaborando en el rescate de esa enorme cantidad de americanos a través de la revelación del camino de Dios que desconocían hasta la llegada de los religiosos. Esa era la misión de los misioneros, quienes sabían muy bien que «el efecto natural de la música es despertar los sentimientos que cada uno tiene en el corazón» (Charlevoix, 1910, II, p. 86).

Samuel Claro, quien, entre tantos otros méritos, en 1966 catalogó dos mil páginas de música de la reducción jesuítica de Moxos, resume a la perfección este proceso: «La afición por la música, la danza y la construcción de instrumentos musicales, aparejada con la extraordinaria facilidad que demostraron los naturales en el aprendizaje de la música, facilitó en gran medida la labor de los misioneros» (Claro, 1969, p. 11). La música pudo ser utilizada por los misioneros como un eficiente instrumento de evangelización dadas las características del indio americano, tan sensible a ella.

Por lo que la música y el canto, y a veces el baile, acompañaban la cotidianeidad de la vida en las reducciones, como durante la misa, la oración, el catecismo, el trabajo en el campo y en los hogares.

Usaré una cita encontrada en una de las cuatro crónicas utilizadas en este trabajo para mostrar que este aspecto cultural y de la idiosincrasia del indio antes enunciado ya era conocido en la época de las misiones:

> Fundaciones que hizo [don Francisco Salcedo, obispo de Chile] en su iglesia de Santiago de Chile.
>
> [...] En la Santa Iglesia de Santiago de Chile dotó [con] dos capellanías perpetuas, cada una con veinte mil pesos de principal; señaló renta de cuatrocientos pesos al Maestro de Capilla de la Catedral, con cargo de enseñar canto a los Seises del Colegio Seminario, motivando esta dotación *porque tenemos* [dice] *experiencia que los indios naturales se mueven mucho a devoción oyendo música, por cuanto en su natural con músicas y cantos celebran sus fiestas; y les causa más devoción la de la Iglesia, por ser concertada, y por Ministros dedicados de aquel ministerio de buena vida y ejemplo.* Tal era y fue siempre su anhelo de aprovechar las almas de los pobres indios. (Lozano, 1755, VII, p. 599).

Como afirma el periodista y escritor José Manuel Fajardo en el prólogo para una moderna edición de la *Historia General del Perú* de Martín de Murúa, en las citas que he seleccionado también se presenta, como en el libro que prologa, un «interés por el hecho de ser un testimonio directo del fin de una civilización», aunque en este caso los jesuitas hacen la crónica del fin de varias culturas, y representan la «crónica de una experiencia colectiva —la conquista— y de la singular mezcla de fascinación y rechazo que supuso para muchos españoles el descubrimiento de entender otro mundo» (Murúa, 1992, p. 5).

Sería conveniente considerar durante la lectura de las citas que a continuación se transcriben que estas crónicas deben «considerarse como una aproximación inapreciable, pero parcial, a un mundo del que poco se sabía cuando fue escrita»,

con todos los reparos sobre la exactitud histórica y científica de los textos citados, pues aparece en ellos una contaminación eurocéntrica ya que «inevitablemente, los cronistas hubieron de recurrir a conceptos europeos a la hora de interpretar hechos, relaciones sociales» y creencias de pueblos que, a los ojos de los misioneros, estaban llenos de misterios aderezados por sacrilegios (Murúa, 1992, p. 5). Aun aceptando esas afirmaciones, hay que tener en cuenta la lógica de esa visión eurocéntrica en la época en que se produjo el encuentro entre civilizaciones desconocidas entre sí. Fueron los europeos, en concreto españoles y portugueses, los que se embarcaron y emprendieron el viaje, no al contrario. Si por un momento pensamos en la impresión y las reflexiones que produce en un viajero actual cuando llega a un lugar nuevo y novedoso en relación con su entorno cultural habitual, quizá podamos ponernos en el lugar de esos misioneros y las razones de cómo relataron sus crónicas.

Otra aproximación parcial a la que se llega en esta recopilación de citas en la búsqueda de referencias de los misioneros sobre aspectos musicales la ha señalado hace años, en los fantásticos albores de la musicología sudamericana, con su habitual lucidez el historiador y guitarrista Segundo N. Contreras al intentar describir la música aborigen que encontraron los cronistas europeos: «Desde luego, no es posible encontrar en estas referencias dato fehaciente que nos dé una pauta sobre el importante punto de si se usaba algún sistema musical determinado» (Contreras, 1931, p. 49). Y continúa: «Eso sí, es dado suponer que, como los cronistas no eran hombres versados en música, no se detendrían a escudriñar el asunto muy a fondo, limitándose a dar noticias escuetas en términos generales» (Contreras, 1931, p. 49-50). En el transcurso de este trabajo podremos tener la posibilidad de verificar la afirmación anterior, realizada hace más de ochenta años.

Desde el otro punto de vista, del sujeto reducido, del indígena, quedan en el aire las palabras de Toqo (Sixto Vázquez Zulueta) un indio colla, maestro rural y defensor de los derechos del indio americano, que reflexionan brevemente sobre las actuales misiones cuya finalidad parece no haber cambiado a lo largo de los siglos: «La misión católica acelera mucho más la aculturación, pues educa a los niños y jóvenes en una comunidad de costumbres europeas (occidentales), la obliga a expresarse en idioma español y trata de que el indio pierda todo rasgo combativo» (Toqo, 1985, p. 85).

Quizás, hoy en el siglo XXI, la música de Ennio Morricone para la película *La Misión* (1986) podría ser el fondo musical idóneo para los parajes de la antigua Provincia jesuítica del Paraguay, a la que le sumaremos algunos del Perú, que visitaremos con nuestra imaginación mientras hojeamos, leemos y rescatamos pequeñas historias en torno a la música cotidiana protagonizadas tanto por abnegados europeos, muy seguros de lo que hacían y a quien dedicaban su existencia, como por americanos cuya vida se modificó abruptamente por la llegada de estos.

11.1.1. Aclaraciones

Las citas seleccionadas proceden de cuatro extensas crónicas sobre las misiones jesuíticas en Sudamérica escritas por tres españoles contemporáneos y actores excepcionales en las mismas, teniendo uno de ellos, el P. Antonio Ruiz de Montoya,

un papel completamente relevante y directo en los sucesos que él mismo narra, a los que se suma un historiador francés con experiencia en misiones norteamericanas.

En todas las transcripciones se ha actualizado la ortografía original, para su mejor y más ágil lectura, como así también la utilización de la puntuación, sobre todo del uso de las comas y del doble punto, en la que los cronistas de esas épocas abusaban desde el punto de vista actual, y del uso de las mayúsculas en gentilicios, cargos y oficios, designaciones topográficas, etc., entre otras costumbres, por lo que la transcripción del español de los siglos XVII y XVIII es de mi responsabilidad.

Cuando he considerado que el texto podría entenderse mejor, siempre según la mentalidad actual, o para evitar la transcripción de largas citas anteriores, les he agregado alguna letra, sílaba, palabra o palabras a la frase, que se encontrarán incluidas entre corchetes.

Hay casos en que la sintaxis no responde a la forma actual de escribir, pero en algunos casos he tratado de conservar la original para preservar el encanto de lo arcaico, aceptando que el culto lector no tendrá ninguna dificultad en entender su significado.

11.1.2. Las fuentes consultadas

Han sido cuatro las fuentes utilizadas en este trabajo. Se indican a continuación estos fondos seleccionados y consultados por orden cronológico de la fecha de escritura y de sus ediciones. Casualmente todas han sido editadas en su momento en Madrid. El título, autor, fecha de edición (entre paréntesis) y signatura de la Biblioteca Nacional de España (subrayado) de cada una de ellas son:

1 *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús, en las Provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay, y Tápe*, del P. Antonio Ruiz de Montoya (1639); R 3201.
2 *Relación historial de las misiones de los indios, que llaman Chiquitos, que están a cargo de los Padres de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay*, del P. Juan Patricio Fernández (1726); 2 26691.
3 *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*, del P. Pedro Lozano (editada en dos tomos, cada uno en 1754 y 1755); 2 62025 y 2 62026.
4 *Historia del Paraguay* (editada en seis tomos entre 1910 y 1916), del P. Pierre François-Xavier de Charlevoix, traducción al castellano de *Histoire du Paraguay* (con dos ediciones, de 1756 y 1757) por el P. Pablo Hernández; 6 8458.

Por cada fuente se hará una introducción sobre el cronista, sobre la crónica que ha escrito y, si aparecen citados en ella, sobre algunos personajes importantes.

Alguna otra crónica podía haber sido seleccionada para este trabajo, como la del P. Nicolás del Techo, cuya escritura, en latín, fue comenzada hacia 1654 y editada en 1673, *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*, la cual ni la versión original ni su traducción al español fueron editadas en Madrid, una condición irrelevante para desestimarla, pero sobre todo porque no ofrece propuestas de análisis distintas a las que pueden obtenerse con los cuatro textos seleccionados. Distinto es el caso de otro libro conservado en la Biblioteca Nacional de España:

Historia del Paraguay desde 1747 hasta 1767, del P. Domingo Muriel, escrita en latín, publicada en su destierro italiano en Venecia en 1779, y cuya traducción al castellano por el P. Pablo Hernández fue editada en Madrid en 1918. Domingo Muriel fue el último Provincial de la provincia del Paraguay y escribió su *Historia…* con la idea de continuar y completar la historia escrita por Charlevoix, como si fuera una séptima parte, en un séptimo tomo, donde tuvo que tratar las dolorosas circunstancias de la expulsión. Posee extensas citas en torno a la música, sobre todo en la última sección, de Documentos y Aclaraciones, al incluir un extenso documento del P. José Cardiel titulado *Costumbres de los guaraníes* donde hay interesantes referencias a la actividad musical en las misiones guaraníticas y que merecen un estudio aparte.

11.2. Los cronistas

11.2.1. Antonio Ruiz de Montoya

Antonio Ruiz de Montoya (Lima, Perú, 13-VI-1585-¿Lima?, 11-IV-1652) queda huérfano de madre y padre a los nueve años. Después de diferentes vicisitudes ingresó el 21 de noviembre de 1606 en la Compañía de Jesús, siguió el noviciado en el Colegio Máximo de San Pablo de Lima y viajó a Córdoba para estudiar filosofía y teología. Terminados sus estudios, en 1612 fue destinado a las reducciones del Paraguay, dio su primera misa en Asunción y partió para el Guayrá para trabajar con los indios guaraníes donde permaneció algo más de 25 años. El P. Antonio Astraín escribe al respecto:

> […] El P. Antonio Ruiz de Montoya, era sin duda uno de los misioneros más insignes que ha tenido la Compañía. Trasladado […] á la provincia del Paraguay, poco después que ésta se fundó [en 1607], y aplicado á las Misiones desde 1612, había sembrado la semilla evangélica en aquellos campos incultos con las penalidades que él mismo indica ingenuamente al principio de su libro, por estas palabras: «He vivido todo el tiempo dicho (cerca de treinta años) en la provincia del Paraguay, y como en el desierto, en busca de fieras, de indios bárbaros, atravesando campos y trasegando montes en busca suya, para agregarlos al aprisco de la Iglesia santa y al servicio de S. M.; de que con mis compañeros hice trece reducciones ó poblaciones, con el afán, hambre, desnudez y peligro frecuente de la vida que la imaginación no alcanza». […] (Astraín, 1912, I, p. XIV-XV)

Aprende la lengua de los guaraníes y conoce y analiza las costumbres y el entorno geográfico de estos indios. Fundó trece reducciones, lo que supuso la construcción de poblados con iglesia, escuela, hospital y centros de producción agrícola y artesanal.

El Guayrá era una extensa región comprendida entre los ríos Iguazú, Paraná y Tieté y la línea del Tratado de Tordesillas, aunque la acción jesuita en la zona se desarrolló en un ámbito más reducido entre los ríos Paraná, Iguazú, Tibagí y Paranapanema. Hacia esa región fueron enviados los sacerdotes jesuitas José Cataldino

y Simón Masseta, quienes salieron de Asunción el 8 de diciembre de 1609 con instrucciones del Provincial Diego de Torres para ejercer la acción apostólica en dicha extensa región. Estos padres fundaron las reducciones de Nuestra Señora de Loreto y San Ignacio Miní I en 1610 a orillas del río Paranapanema. En 1612 fue enviado al Guayrá Antonio Ruiz de Montoya y luego se le unió el sacerdote Martín Xavier Urtaner. Los Padres Cataldino y Urtaner rigieron San Ignacio Miní y Masseta, y Ruiz de Montoya, Loreto. En 1620 Ruiz de Montoya fue designado Superior de la Misión del Guayrá como sucesor de Cataldino. Durante ese mismo año ambos jesuitas y el padre Diego de Salazar fundaron la reducción de San Francisco Javier sobre el río Tibagi, quedando en ella el P. Cataldino.

La reducción de San José fue fundada en 1625 entre el río Huybay y el Tibagi, en la región de Tucuty, por Ruiz de Montoya y Simón Masseta, quien quedó en ella. También en 1625 Ruiz de Montoya fundó, junto a Cristóbal de Mendoza (quien quedó en la reducción), la reducción de Encarnación I, al este de San Javier.

En 1628 consiguió que más de doce mil guaraníes atravesaran cerca de mil kilómetros, desde la Guayrá (actualmente en el sur de Brasil) hasta la actual provincia de Misiones en Argentina, para protegerlos de los bandeirantes, quienes empezaron a esclavizar a los nativos para venderlos en las haciendas. Allí se establecieron refundando las reducciones de San Ignacio Miní y Nuestra Señora de Loreto, cerca del río Paraná.

En 1636 le fueron asignadas 26 reducciones en la zona de los ríos Paraná y Uruguay, siendo su época más difícil, pues dos años más tarde tuvo que repeler el ataque de los bandeirantes:

> [...] En 1638 á consecuencia de las invasiones de los colonos portugueses de San Pablo de Piratininga, que saliendo á caza de indios esclavos, apresaron á los neófitos de varias reducciones, el P. Montoya vino á la corte de Madrid para pedir socorro contra aquel desorden, y licencia de armar á los indios con armas de fuego con el fin de evitar tan inicuos atropellos (en el Prólogo, 1892, p. 9).

Mientras tramitaba lo anterior, publica en Madrid en 1639 un libro de 213 páginas que titula *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús, en las Provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay, y Tápe* con la finalidad de «ilustrar á la opinión pública de Europa sobre el estado de aquellas remotas Misiones» (Astraín, 1912, I, XV). El libro constituye la única crónica contemporánea de las primeras reducciones en la época de su fundación, casi autobiográfica de las actividades de Montoya entre los guaraníes. El P. Antonio Astraín sigue con la explicación del libro:

> El nombre mismo indica lo que es la obra: una breve relación de las poblaciones, ó, como entonces se decía, reducciones de indios convertidos desde que empezaron á fundarse en 1610 hasta la hora en que escribe el autor en 1638. En la primera mitad, que es sin duda la más interesante, habla, sobre todo, de las reducciones de Loreto y San Ignacio, y refiere las propias aventuras en aquellas expediciones apostólicas que él emprendió para atraer nuevas gentes al conocimiento de Dios y para formar nuevos pueblos de neófitos.

> Complácese el autor en recordar los ejemplos de celo y abnegación apostólica que él admiró en algunos de sus compañeros de fatigas, como el P. Roque González, el P. Cataldino y el P. Masseta, y recuerda con acentos de agudísimo dolor los estragos horrorosos que en aquellas florecientes cristiandades causaron las irrupciones de los portugueses. En la segunda mitad del libro extiende Montoya su consideración á las otras reducciones del Paraguay. «Tiene hoy, dice, la provincia del Paraguay 25 poblaciones de indios á su cargo.» Y á continuación va enumerándolas todas el misionero, apuntando brevemente algunos episodios ó circunstancias de la fundación de cada una (Astraín, 1912, I, XV-XVI).

Y Astraín analiza con sagacidad las cualidades de esta crónica:

> No brilla esta obra por el buen orden y método. Mucho menos se deben buscar en ella primores de estilo y ejecución. El autor no tiene dificultad en confesar al principio que, como ha vivido tantos años entre salvajes, forzosamente ha debido contraer algo de su tosca rusticidad. Escribiendo de memoria, sin libros y documentos que guiaran su pluma, fué lanzando al papel los episodios y aventuras de su vida apostólica, sin ordenarlos metódicamente y sin indicar siquiera la cronología de muchos sucesos. Esto engendra alguna oscuridad en el lector, que no acierta fácilmente á concordar entre sí tantos hechos aislados. Sin embargo, el acento de sencilla convicción con que el autor se expresa, y el interés que siempre da á sus relatos quien cuenta lo que vio, infunde á esta obra cierto atractivo que en vano se buscaría en relaciones más artísticas y ordenadas. (Astraín, 1912, I, XVI).

Su estancia en Madrid es prolífica ya que publica otros libros además del anterior, tales como *Tesoro de la lengua guaraní*, también en 1639, *Arte y Vocabulario de la lengua guaraní*, que constituyen los primeros tratados sobre esta lengua, y *Catecismo en lengua guaraní,* ambos en 1640.

Hacia 1643 parte para Perú, pero ya no volverá a las reducciones. Hacia 1650 empieza a sentirse enfermo y muere dos años más tarde.

11.2.2. Juan Patricio Fernández

Juan Patricio Fernández (1661-1733) fue un jesuita español que viaja a finales del siglo XVII a la Provincia de Paraguay. Junto al P. Juan Bautista de Zea funda la reducción de San Juan Bautista, poblada de indios xamarós, en junio de 1699, siendo dirigida por el propio Fernández «a quien las enfermedades continuas, la extrema pobreza y las graves fatigas, sirvieron de rémora los primeros tres años» (Fernández, 1726, p. 91; Fernández, 1895, I, p. 117).

En septiembre de 1707 parte el P. Fernández a la región de los chiquitos y a partir de allí es conocedor de primera mano de los sucesos acontecidos en esa región, con lo cual puede fundamentar sus escritos.

El P. Juan Patricio Fernández escribe una *Relación histórica de las Missiones de los Indios, que llaman Chiquitos, que están á cargo de los Padres de la Compañía de*

Jesús de la Provincia del Paraguay. Escrita por el Padre Juan Patricio Fernandez de la misma Compañía. Sacada a luz el Padre Geronimo Herrán, Procurador General de la misma Provincia. Como puede observarse en su portada fue editado en 1726 en Madrid por el P. Gerónimo Herrán y escrito por el propio P. Fernández. Pero para el P. Antonio Astraín:

> Se puso este nombre a la relación, porque el P. Fernández, misionero y después visitador de aquellas misiones, suministró casi todos los datos, pero la obra, en la forma que tiene, fue escrita en italiano por el P. Domingo Vandiera, y traducida al español por el P. Lozano. Véase Uriarte, *Catálogo razonado de obras anónimas y pseudónimas de autores de la Compañía de Jesús*, tomo III, p. 427 (Astraín, 1912, XXIV).

Los alcances y objetivos del libro son indicados en las palabras iniciales del mismo:

> No es mi intento por ahora escribir la historia de la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús, la cual comprende cinco Gobiernos y otros tantos Obispados, en la longitud de cerca de seiscientas leguas. El que quisiere saber más por extenso lo que en esta dilatada provincia han trabajado gloriosamente los PP. de la Compañía de Jesús *y* padecido por la conversión de los gentiles, podrá leer la *Historia* que de esta provincia escribió el P. Nicolás del Techo; advirtiendo que al tiempo, y cuando escribió dicha *Historia,* sólo se habían fundado veinte y cuatro reducciones de indios a las riberas de los ríos Paraná y Uruguay, [...] (Fernández, 1726, p. 1-2; Fernández, 1895, I, p. 17). El fin, pues, de esta Relación, se reduce a dar noticia de las nuevas misiones que esta apostólica provincia tiene al presente en la nación de indios, que llaman Chiquitos (Fernández, 1726, p. 3; Fernández, 1895, I, p. 19).

Esta crónica es valorada por Victoriano Suárez en la «Advertencia preliminar del editor» que aparece en el tomo primero de su reedición en 1895:

> Poco hay que decir respecto al valor histórico que este libro encierra, después de lo que han dicho las respetables autoridades que se han ocupado de él; sólo se ha de añadir que el P. Fernández, en las descripciones, pintura, detalles de la vida íntima, supersticiones, usos *y* costumbres de los indios Chiquitos, encuéntrase, por el vigoroso relato que nos da y el colorido exacto con que pinta las escenas, a la altura de los más graves historiadores. Inapreciables *y* de indiscutible mérito descriptivo son los retratos que nos hace de los principales caciques de los Guaraníes, Zamucos, Manacicas, Morotocos y Chiriguanás. Bajo este punto de vista *y* como manantial inagotable de datos biográficos, creemos que es obra de sumo interés; en los encuentros que unas tribus de indígenas tienen con otras, en el relato de las terribles *y* grandiosas luchas que entre sí sostienen los caciques, así como el de las solemnes, lucidas *y* pintorescas fiestas de aquellos idólatras, a nuestro humilde juicio hay poquísimos escritores de su mismo genero, que, tratando asuntos análogos, le aventajen (Suárez, 1895, V-VI).

Y el editor justifica su reedición debido a su amplia difusión por Europa gracias a diversas ediciones que se imprimieron poco después de su aparición en Madrid, en distintos idiomas: en alemán, edición vienesa de 1729, en italiano, edición romana también de 1729, en latín, de 1733:

> El elocuente hecho de haber sido trasladada a estos idiomas, aun cuando no tuviese las innumerables bellezas que en ella se hallan, bastaba, a nuestro parecer, para ser merecedora del honor de la reimpresión. (Suárez, 1895, VII).

11.2.3. Pedro Lozano

Pedro Lozano (Madrid, 16-IX-1697-Humahuaca, pcia. de Jujuy, Argentina, 1752), entró en la Compañía de Jesús el 7 de diciembre de 1711 y ya en 1717, o algo antes, tuvo que viajar a las misiones de Paraguay donde estudió en el Colegio Máximo de Córdoba, que es la actual Universidad Nacional de Córdoba, en la ciudad argentina del mismo nombre. Allí fue profesor de filosofía y teología y más tarde, entre 1724 y 1730, lo fue en el Colegio de Santa Fe. Profesó el 15 de agosto de 1730 (Lozano, 1873, VI) y regresó a Córdoba, residiendo en el Colegio Máximo y en la hacienda Santa Catalina, como cronista de la Orden de los jesuitas en su provincia del Tucumán. Ese año tuvo terminada la escritura de su *Descripción chorográphica…* La capacidad intelectual, infatigable, del P. Lozano motivó que años después tuviera más responsabilidades:

> Pero lo que mejor demuestra el alto concepto en que era tenido el P. Lozano entre sus mismos consocios, es el hecho de que, después de haber desempeñado el cargo de cronista de su Orden, se le confiara la redacción de las reclamaciones de la Compañía de Jesús contra el tratado de límites celebrado entre las coronas de España y Portugal en el año de 1750 (Lamas, 1873, IV).

Seguramente esa fue su última gran actividad, encontrándose un manuscrito sobre el tema de finales de abril de 1752, ya que su rastro se pierde pues parece que muere en ese mismo año.

En la provincia de Salta, al sur de la provincia de Jujuy, existe un pequeño pueblo llamado Padre Lozano en su honor.

El P. Pedro Lozano viajó mucho por la provincia del Paraguay, por el Chaco, Córdoba, Santa Fe, Corrientes, el río Paraná, Buenos Aires, Santiago del Estero, Tucumán, Salta, el Cuyo y la cordillera de los Andes, lo que le permitió conocer esta extensa región y fundamentar sus observaciones, las que serían llevadas con acierto y sabiduría al papel. Entre sus actividades escribió el importante tratado de carácter geográfico, etnográfico, biológico e histórico ya nombrado: *Descripción chorográphica de terreno, ríos, árboles, y animales de las dilatadísimas provincias del Gran Chaco, Gualamba, y de los ritos y costumbres de las innumerables naciones de bárbaros e infieles que le habitan. Con una cabal relación histórica de lo que en ellas han obrado para conquistarlas algunos gobernadores y ministros reales, y los misioneros jesuitas para reducirlos a la fe del verdadero Dios* (1733). Andrés Lamas se refiere a este trabajo:

> La descripción de Lozano fue, por mucho tiempo, el único libro de estudio sobre el Chaco: de él tomó Charlevoix las noticias que dá sobre ese territorio en su conocida historia del Paraguay, y de Charlevoix las tomaron otros (Lamas, 1873: XVIII).

El P. Lozano escribió tres tratados históricos sobre la provincia del Paraguay que ninguno pudo ver impreso: *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay* (1754-1755), que es el que aquí interesa; *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* (1873-1875) que es una especie de introducción, aunque escrita después, a la crónica anterior; e *Historia de las revoluciones de la provincia del Paraguay, 1721-1735* (1905). Además, entre tantos otros estudios, cartas y escritos, hizo la traducción del italiano al español de los Ejercicios de San Ignacio, titulándolos *Máximas eternas en lecciones para quien se retira á los ejercicios espirituales de san Ignacio*, también editadas póstumamente, en 1788.

La *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay* fue publicada en Madrid en dos tomos que vieron la luz en los años 1754 y 1755 respectivamente. Es una obra bien documentada, aunque lamentablemente esta historia del Paraguay termina en 1614, cuando dejó de dirigirla su primer Provincial, P. Diego de Torres, por lo que comprende pocos años desde la creación de la provincia.

> [...] Por la seguridad en la información, por la rectitud del criterio y por el carácter demostrativo que da a sus aserciones, se eleva el P. Lozano sobre todos los que han escrito acerca de nuestra historia en el Paraguay. [...] bien observa el juicioso lector la puntualidad en ordenar los hechos, las citas oportunísimas de documentos interesantes, la precaución de cotejar informes diversos antes de pronunciar un fallo definitivo, y, en fin, la rectitud general con que aprecia el autor todos los hechos (Astraín, 1912, p. XXI).

11.2.4. Pierre François Xavier de Charlevoix

El jesuita francés Pierre François-Xavier de Charlevoix (San Quintín, Picardía, 29-X-1682-La Flèche, 1-II-1761) fue un viajero e historiador. A los 16 años ingresó en el noviciado de los jesuitas en París, estudió más tarde en el Colegio de los Jesuitas en Québec y regresó a París para convertirse en profesor de *belles lettres*. Uno de sus alumnos fue Voltaire. En 1713 fue ordenado sacerdote. En 1715 publicó su primera obra, sobre el establecimiento y el progreso de la iglesia católica en Japón, con innumerables apuntes sobre las costumbres de ese imperio. Realizó un viaje entre 1720 y 1722 por el interior de la Norteamérica colonial francesa, por las misiones canadienses, cuyo relato le ha supuesto ser distinguido como el primer historiador de la colonia francesa Nueva Francia. En ese mismo año llegó a la colonia de Santo Domingo.

Fruto de estos viajes publica *Histoire et description générale de la Nouvelle France, avec le Journal historique d'un voyage fait par ordre du roi dans l'Amérique septentrionale* (1722), *Histoire de L'Isle Espagnole Ou de S. Domingue* (1730), e *Histoire et description générale de la Nouvelle France*, (1744), ahora en tres tomos, el libro más completo hasta ese momento sobre la historia y la geografía de la colonia francesa

del actual Canadá. Entre los años 1733 y 1755 fue uno de los directores de *Journal de Trévoux*, revista mensual de literatura, historia y ciencia. Y en 1756-57 publica *Histoire du Paraguay.*

Su apellido aparece en distintos lugares norteamericanos: la región de Charlevoix, cerca de la ciudad de Québec, el condado de Charlevoix, la ciudad de Charlevoix en el estado de Michigan y una estación del subterráneo de Montreal.

Utilizamos nuevamente los conocimientos del P. Astraín para valorar *Histoire du Paraguay*:

> El P. Pedro Francisco Charlevoix no podía alcanzar en París aquel dominio de la materia que lograba el P. Lozano, y que de ley ordinaria sólo se consigue viviendo largo tiempo en el país cuyos hechos y cualidades se desea conocer. Esto, no obstante, leyendo con amor las antiguas cartas y relaciones de nuestros misioneros, aplicándose al estudio de libros españoles y, por fin, consultando con algunos Padres de la provincia del Paraguay, pudo acopiar el escritor francés los materiales necesarios para desempeñar bastante bien su cometido. Con un plan metódico y bien ordenado, con un estilo más conciso que el del P. Lozano, va describiendo el P. Charlevoix las hazañas de nuestros misioneros desde que entraron en el Paraguay a fines del siglo XVI hasta mediados del siglo XVIII. [...] Sin embargo, con sus defectos y todo, la Historia del P. Charlevoix es la más completa o, por mejor decir, la única que en cierto modo puede llamarse completa de la provincia del Paraguay; pues abraza todos los hechos desde que se fundó hasta unos veinte años antes de la expulsión de Carlos III. (Astraín, 1912, XXII-XXIII).

11.3. Las citas sobre aspectos relacionados con la música en las Reducciones jesuíticas

Las historias que se narran en las citas escogidas se refieren a hechos sucedidos alrededor de las reducciones fundadas por la Compañía de Jesús en territorios pertenecientes el Imperio español que administrativamente, comprenden las gobernaciones políticas de Paraguay, Tucumán, Río de la Plata y Chile, aunque también nos adentraremos en territorios de Perú.

Desde el punto de vista eclesiástico, para la Compañía de Jesús, la mayoría de las citas suceden en la Provincia Jesuítica del Paraguay. Dado el extenso territorio americano, el P. General Claudio Aquaviva decidió en 1604 formar una nueva provincia jesuítica independiente de la del Perú. Esta Provincia Jesuítica del Paraguay estaba conformada por territorios de los actuales Paraguay, sur de Brasil, este de Bolivia, Argentina, Uruguay y parte de Chile, se fundó en 1607, siendo su primer provincial y fundador el P. Diego de Torres. De toda la provincia del Paraguay, las poblaciones que encontraremos en las citas serán fundamentalmente las de los guaraníes y guaycurúes y sus pueblos afines, afincados en las antiguas regiones del Guayrá, Itatín, Tapé, Uruguay, Paraná y Chaco.

Las citas elegidas se han organizado por temas comunes. Al final de las mismas siempre se ha indicado la fuente y la página en que se encuentra cada una. Esos temas comunes que giran alrededor de la música —considerando que

genéricamente música son los sonidos producidos por instrumentos musicales o por el canto de la voz humana sola o acompañada por instrumentos musicales, con o sin baile— pueden clasificarse en:

1 La música en las comunidades indígenas.
2 La música de los ejércitos españoles.
3 La música a diario y en las celebraciones religiosas comunes.
4 La música en las celebraciones religiosas extraordinarias.
5 La música en hechos milagrosos.
6 La música en la nueva educación de los americanos.
7 La música para la conversión y la integración entre las dos culturas.

Las «celebraciones religiosas» en los puntos 3 y 4 se refieren a las realizadas por los jesuitas, es decir a las celebraciones religiosas católicas.

Se ha intentado, en cada uno de los siete temas comunes, ordenarlas cronológicamente según el año de escritura o edición de la fuente, es decir, en el orden de las cinco fuentes indicadas más arriba.

En algunos casos las transcripciones de ciertas citas fueron alargadas más allá de lo puramente musical, antes y/o después de la cita específicamente musical, para que se comprenda mejor el contexto y por el placer de leer sobre los ideales y valores cristianos transmitidos en el texto contiguo.

Los términos más comunes asociados con los hechos musicales de las citas han sido, además de música, los de armonía, arpa, baile, canción, canto, clarín, coro, flauta, instrumento, misa cantada, motete, órgano, tambor (y atambor), te deum, trompeta y voz, con sus correspondientes plurales.

Cada cita estará encabezada por el título general o de la parte correspondiente en el texto original que servirá como información para comprender mejor las circunstancias de la cita. Aunque no necesariamente a ese título le sigue la parte citada he tomado la decisión de prescindir de los [...] de rigor para hacer menos compleja su lectura.

En cada comienzo de párrafo he respetado la sangría de la edición original. Cuando la cita comienza en medio de un párrafo no aparecerá sangría y comenzará con [...].

Vamos pues, con la excusa de la música, a sumergirnos en un mundo distinto al europeo, casi inabarcable, de aventuras, geografías extensas y rudas donde podremos verificar una loable dedicación plena a la convicción religiosa.

11.3.1. La música en las comunidades indígenas

Comenzaremos por las costumbres, creencias y rituales que los misioneros encontraron en la población indígena que estaban colonizando.

Parece que toda decisión importante tomada por los pueblos indígenas que los jesuitas encontraban en su paso se coronaba con una muestra de música propia con sus flautas, tambores y otros instrumentos:

XII. *SALIDA QUE HACE ESTE CACIQUE DE SU PUEBLO, A CONSULTAR SU MAL INTENTO CON ROQUE MARACANÁ, Y LO QUE LE SUCEDIÓ.*

La noche siguiente consultó [el cacique] Miguel [Atiguayé] este negocio con los suyos (y los Padres con Dios) y la resolución fue que, en amaneciendo, se oyó en todo el pueblo gran ruido y estruendo, apercibimiento de guerra, atambores, flautas y otros instrumentos: juntáronse en la plaza del pueblo 300 soldados armados con rodelas, espadas, arcos y flechas muchas y muy vistosas por estar todas muy pintadas de colores y adornadas de varia plumería; […] iban a sus dos lados [del cacique Miguel] dos mocetones con un arco y un gran manojo de flechas cada uno para el mismo cacique, el cual capitaneando toda esta gente se fue a embarcar; salieron del puerto con mucha gallardía, sonido de atambores y flautas. […] (Ruiz de Montoya, 1639, p. 16r; Ruiz de Montoya, 1892, p. 58-59).

MODO DE CELEBRAR SUS ASAMBLEAS.

[…] se convocan a junta de guerra los caciques y personas más autorizadas, o por las canas, o por la experiencia. […] Votan inmediatamente los Plenipotenciarios, y por el acuerdo que tomó la mayor parte han de pasar todos, publicándose la resolución al son de cajas[2] y trompetas, con gran rumor y estruendo, […] (Lozano, 1754, II, p. 143).

En otras oportunidades se hacía música antes de las asambleas:

CAPITULO I. SU PRINCIPIO, FUNDACIÓN Y PROGRESOS.

[…] Y porque será del gusto de los lectores saber las ceremonias [de los indios tobas] y modo de que usaron en su Asamblea, daré de ellos una breve y sucinta noticia. Entrados a parlamento en lo más oscuro de la noche, dieron principio a la función con una sinfonía de flautas y pífanos, y cantando y bailando al son de ellos discurrían sobre el negocio, concluyendo cada baile que duraba tres o cuatro credos con brindis. […] (Fernández, 1726, p. 23; Fernández, 1895, I, p. 41).

JUNTA DE LOS CHIRIGUANOS SOBRE ESTE ASUNTO [PARA CONVERTIRLOS].

Aguardaron los indios [chiriguanos] para empezar la deliberación a que fuera de noche oscura, y lo primero que hicieron fue un gran festín, que muchas veces interrumpieron para bailar y cantar. Al fin de cada danza se bebía en círculo a la salud de todos los convidados; y luego se trató de los asuntos, lo que duró hasta apuntar el día. […] (Charlevoix, 1910, IV, p. 149).

2 En el original: caxas.

En los acuerdos de paz el canto también estaba presente:

> UTAFLAMME Y LOS SUYOS JURAN LAS PACES DELANTE DE LOS ARAUCANOS, NUESTROS AMIGOS.
>
> Porque levantándose inmediatamente, hicieron luego su juramento a su usanza. Levantáronse también con ellos en pie los caciques amigos nuestros, de Arauco y Tucapél, que de propósito había traído consigo el Presidente para esta ceremonia, entonando (mejor se dijera aullando) los de Elicura un cantar en su lengua, que empezó Utaflamme y prosiguieron los demás, y le repitieron cuatro, o cinco veces, por espacio de un cuarto de hora, sin haber persona de los españoles circunstantes, que pudiese entender lo que cantaban. [...] (Lozano, 1755, VII, p. 511).

La práctica musical de los aborígenes en Chiquitos era habitualmente por las mañanas:

> CAPITULO II. SITUACIÓN DE LA PROVINCIA DE CHIQUITOS, COSTUMBRES Y CALIDADES DE LOS NATURALES.
>
> [...] Su distribución y repartimiento del tiempo es el siguiente: Al rayar el[3] alba se desayunan, y juntamente tocan ciertos instrumentos de su música, semejantes a las flautas, hasta que se seca el rocío, de que se guardan como nocivo a la salud; [...] (Fernández, 1726, p. 36-37; Fernández, 1895, I, p. 56).

Y por la noche las pecaminosas actividades de los jóvenes infieles incluían canto, toque y baile:

> [...] Al ponerse el sol tienden su mesa para cenar, y poco después se retiran a dormir. Sólo los libres o solteros se juntan de noche a bailar entre sí y a tocar junto a su rancho, y de aquí van continuando la danza por los caminos de esta manera: hacen una gran rueda y en medio ponen a dos que tocan las flautas a cuyo compás canta y da vueltas toda la rueda sin mudanza alguna; detrás de los hombres hacen otro semejante baile las mujeres, y estos bailes duran dos o tres horas hasta que, cansados, se echan a dormir. [...] (Fernández, 1726, p. 38; Fernández, 1895, I, p. 57-58).

Algo similar escribió el P. Charlevoix años más tarde sobre los mismos indios:

> SU MODO DE VIVIR.
>
> Levantábanse estos indios [los chiquitos] muy de madrugada, y a punta de día se desayunaban. Divertíanse luego en tocar ciertos instrumentos que se parecen mucho a nuestras flautas. Duraba esto hasta que el sol había secado el rocío, porque creían que es dañoso mojarse con él. Entonces trabajaban

3 En el original: del.

> hasta mediodía en sus campos o en otra labor cuando los campos estaban inundados, y lo restante del día se pasaba sólo en juegos y visitas. Todo el trabajo de las mujeres consistía en traer leña y agua a sus cabañas, hacer cocer el arroz y maiz, hilar el algodón para las camisolas y hamacas, sirviendo las hamacas sólo para las personas casadas, pues todas las demás tenían por cama una estera extendida sobre pedazos de madera bastante mal trabados. De ordinario cesaban a puesta de sol, e inmediatamente después los hombres y las mujeres se iban a dormir; pero los jóvenes pasaban una parte de la noche en bailar al son de los instrumentos, de un lado los jóvenes y del otro las doncellas. [...] (Charlevoix, 1910, IV, p. 162-163).

El sonido de los tambores siempre se percibe de lejos, y eso es lo que recuerda el P. Antonio Ruiz de Montoya:

> Estaba el cacique Roque [Maracaná] bien descuidado, y el Padre Simón [Masseta] y yo también, de aquestos alborotos, cuando oyó gran vocería y ruido de atambores. [...] (Ruiz de Montoya, 1639, p. 23v; Ruiz de Montoya, 1892, p. 60).

En las batallas, los españoles escuchaban los instrumentos de viento y de percusión que los próximamente colonizados usaban para infundirse ánimos en la lucha y temor en el enemigo:

> XXII. *ENTRADA QUE HICIERON UNOS ESPAÑOLES A UN PUEBLO PEQUEÑO DE INFIELES, Y LO QUE LES SUCEDIÓ.*
>
> Trabóse luego una reñida batalla; los españoles peleaban ya por la vida puestos en sus troneras, nosotros retiramos los indios a la plaza de armas, los enemigos la cubrieron en un instante de flechas clavadas en el suelo, las cuales fueron los nuestros recogiendo; segunda y tercera vez hicieron lo mismo, sin que los nuestros despidiesen saeta, cesaron las flautas y atambores y gritería del enemigo, confuso de verse desarmado. [...] (Ruiz de Montoya, 1639, p. 43v; Ruiz de Montoya, 1892, p. 136).

¿Y cómo había escuchado en particular el P. Pedro Lozano esos instrumentos para la guerra?:

> INSTRUMENTOS CON QUE SE ANIMAN EN LA BATALLA.
>
> En estas tienen sus instrumentos y toques de guerra con que se animan, y entienden cuando han de pelear, y son unas bocinas roncas, bien desapacibles, que causan con su disonante, y destemplado sonido algún pavor a quien nunca las oyó. [...] (Lozano, 1754, I, p. 99).

Las rancherías son los pequeños poblados compuestos por las viviendas de los indios, generalmente paupérrimas, llamadas ranchos. En todas las culturas el baile siempre ha servido para fines sociales:

> CAPÍTULO XII. DESCRÍBESE EL PAÍS Y CUALIDADES DE LOS MANACICAS, SU RELIGIÓN Y RITOS DE ELLA.
>
> [...] Sus rancherías están poco distantes unas de otras, y por eso es frecuente entre ellos la comunicación, los convites y la embriaguez. Cuando los de una ranchería quieren hacer algún banquete a los de la otra, el cacique envía a convidarlos con algunos mensajeros y en su casa se hacen los bailes y danzas generales. [...] (Fernández, 1726, p. 124; Fernández, 1895, I, p. 263).

Y en los rituales religiosos de los infieles el baile también está presente:

> [...] El pueblo, que está bebiendo o bailando, le saluda [al dios Tinimaacas] y da la bienvenida con gritos descompasados y mucha algazara, diciendo: *¿Tata equice?* Padre, ¿ya has venido? [...] Durante[4] este tiempo que hablan los dioses, el pueblo se está quieto y en silencio, así para oir sus oráculos, como también porque al principio afectan seriedad, hasta que la *chicha* (que es su bebida) les calienta la cabeza; después de lo cual se siguen los bailes, las riñas, las heridas y muertes, de que hacen gran fiesta aquella maldita canalla de dioses, y cuando ven que se paran procuran atizarlos, diciendo: «¿Qué es lo que hacéis fieles míos? Mucho silencio es este, ¿por qué no bebéis y bailáis?» Y al punto el sacerdote o Mapono se reviste de gravedad, y en nombre de los dioses les manda que beban y bailen y llenen de ruido la iglesia, para que ninguno se muera de tristeza.
>
> [...] Después Urasana toca dentro del Tabernáculo una sinfonía que se oye bien lejos a la cual corresponden con bailes sus devotos. A ninguno es lícito mirar al Santa Sanctorum, sino sólo al Mapono o sacerdote que es un gran hechicero u hombre diabólico, y si alguno de los otros hechiceros de menos ciencia y menores proezas en el oficio quiere echar la vista dentro para verlos, le detiene el Mapono amenazándole que pagará al momento su delito con la vida. [...] (Fernández, 1726, p. 231-232; Fernández, 1895, I, p. 270-271).
>
> [...] Cuando el pueblo está en el mayor fervor de sus bailes y grescas, sale de la audiencia el Mapono y declara las respuestas, que las más de las veces son de buenas fortunas, de lluvias, de buenas cosechas, de caza, de pesca y de todo lo que a. ellos mas les agrada, aunque las más de estas fortunas y dichas les salen vanas y mentirosas, de suerte, que algunos más arrestados, al oir tales promesas, responden con risa. [...] (Fernández, 1726, p. 233; Fernández, 1895, I, p. 272).

4 En el original: a.

Partiendo de la información anterior también el P. Charlevoix escribió años más tarde sobre los manacicas:

> SU CULTO.
>
> En la sala que les sirve de templo, hay un local separado por una cortina, que es como el santuario, donde acuden a recibir adoración de sus adeptos las tres divinidades, y a dar oráculos. Sólo puede entrar allí el Mapono principal, pues cada aldea tiene a veces más de uno, y todos los otros tienen prohibida la entrada sopena de muerte. Ordinariamente acuden aquellos dioses a sus santuarios en tiempo de las juntas públicas; y anuncian su llegada por medio de un gran ruido. Entonces los que están en la junta que no pensaban sino beber y en bailar, se detienen y gritan todos a una: *Padre ¿Has venido ya?* y oyen una voz que les responde: *Hijos míos, continuad divirtiéndoos: yo soy quien os procuro casa y pesca abundante: de mi tenéis todos los bienes de que disfrutáis.* Oyen con respeto, y luego empiezan de nuevo a beber y a bailar; cuando todos están ebrios, ya no se conocen unos a otros: pelean entre sí, y pocas de estas fiestas hay en que no resulten muertos y heridos. (Charlevoix, 1910, IV, p. 230-231).

El canto de una diosa se responde con más bailes:

> [...] Desaparece por mucho tiempo el Mapono, fingiendo que se va con sus dioses al cielo. Vuelve después conducido en brazos de la diosa *Quipoci,* en cuyo seno descansa y duerme mientras ella canta; y aunque la oyen no se deja ver por[5] ellos, porque se está retirada dentro del tabernáculo. (Fernández, 1726, p. 234; Fernández, 1895, I, p. 273).

> [...] Parece este diablo más humano que los otros, mas al fin es de la misma raza y tan cruel como ellos. Cuando está en el tabernáculo canta con mucha melodía mientras bailan las mujeres, siguiendo y repitiendo éstas el canto de la diosa, cuyo contenido es sus guerras y victorias. [...] (Fernández, 1726, p. 234-235; Fernández, 1895, I, p. 274).

Determinados días eran de ayuno y de prohibición religiosa de ciertas actividades festivas, entre ellas la música:

> [...] Uno, entre los otros, es semejante a los nuestros y es el que se guarda en la dedicación del templo, en que por espacio de cinco días no se puede comer carne; y, vestida de luto la ranchería, se prohiben las músicas, banquetes y bailes. [...] (Fernández, 1726, p. 237-238; Fernández, 1895, I, p. 277).

5 En el original: de.

Hasta que terminados esos días —pues si las prohibiciones fueran perpetuas pocos harían caso ni al mapono ni al obispo—, se vuelve a la celebración por todo lo alto:

> [...] luego el Mapono bendice todas las partes del templo para santificarle, y con otras ceremonias, que sería largo contar, consagra aquel lugar; y, por último, se fenece la fiesta con una gran comida y celebrando un solemne festín de músicas y bailes. (Fernández, 1726, p. 238; Fernández, 1895, I, p. 277-278).

Ya en la América precolonial la ocupación de músico estaba asociada a gente de mal vivir y de poca confianza:

> PROCURAN LA CONVERSIÓN DE CIERTOS GENTILES, MUY BÁRBAROS.
>
> Treinta leguas de cierto pueblo de estos estaba situada una parcialidad de indios, [habitada por] gente rústica, de costumbres propias del terreno que habitaban, que eran las breñas más impenetrables y escabrosas: robustos, no sin presunción de valientes; pero tan bárbaros, que su ocupación perpetua era sólo cantar al son de instrumentos poco gratos al oído, sin atender a la labranza, ni otra tarea útil a la manutención de la vida; [...] (Lozano, 1754, I, p. 58).

Hasta en la denominación de las tribus se asocia el baile a situaciones de alegría:

> [LOS RÍOS] TORA, TENA, PETEROA, METAQUITO Y MAULE.
>
> [...] en treinta y cinco [grados se encuentra] el caudaloso Maule, término del Obispado de Santiago y hasta donde llegaba la juridicción de los indios promocaes, que en la lengua del país quiere decir lugar de bailes y alegrías, para significar las que tenían sus moradores en aquel terreno, [...] (Lozano, 1754, II, p. 129-130).

La música y la comida servían para demostrar a los generosos aborígenes su beneplácito por la llegada de los jesuitas:

> HALLÓSE LA MISMA TRADICIÓN EN LA PROVINCIA DEL TAYATI, Y FACILITÓ SU CONVERSIÓN A LA FE.
>
> [...] Fueron testigos de esta verdad los Padres Antonio Ruiz Montoya y Cristóbal de Mendoza, quienes penetrando, armados de sus cruces como insignias de su predicación, por la Provincia de Tayati, tierra áspera y montuosa, el año de 1624, fueron recibidos por[6] los Gentiles, con extraordinarias demostraciones de regocijo, con danzas, música y cantares a la usanza del país; cosa que hasta allí nunca habían experimentado. Salíanles las indias al encuentro cargadas de sus hijuelos alegres, y festivas: señal de la más cierta paz[7] y benevolencia, y a porfía todos los regalaban con sus ordinarias comidas de raíces y frutas silvestres. (Lozano, 1755: VI, 389).

6 En el original: de.
7 En el original: señal la mas cierta de paz.

PÁRTENSE LOS MISIONEROS A SU MISIÓN.

Partieron pues los tres misioneros [P. Francisco de San Martín, P. Vicente Grifi[8] y P. Baltasar Seña] de la [ciudad de] Asunción a 8 de agosto, y en la navegación padecieron manifiesto riesgo de naufragio, de que los libró misericordioso el Señor y aportando al Rio Xexui, en cuyas márgenes había un pequeño pueblo de indios, distante dos jornadas de Pitum, por otro nombre *Ipané*, [...]

RECIBIMIENTO QUE HICIERON LOS INDIOS [DEL PUEBLO DE IPANÉ] A LOS MISIONEROS.

Tenían hecha desde el campo a la Iglesia una calle muy espaciosa y larga, aderezada de ramas y flores, que son los tapices naturales; si menos ricos, más vistosos, amenos y apacibles: y de tres edades, niños, jóvenes y varones, habían formado tres diferentes danzas, que iban por delante cantando, con gran alegría, y dando gracias al Señor, por haberse dignado darles para su enseñanza Padres de la Compañía; [...] (Lozano, 17545, VI, p. 404).

Las bebidas espirituosas ayudan a la desinhibición:

PUEBLOS DEL CHACO, EN GENERAL.

[...] Su bebida favorita es la *chicha*[9] [...]; júntanse para beberla, bailar y cantar, lo que hacen hasta que todos están borrachos. [...] (Charlevoix, 1910: I, 280).

Tenemos ahora una interesante descripción de las diversiones de los antiguos habitantes de Chile:

JUEGOS Y FESTINES DE LOS INDIOS CHILENOS.

Aunque es tan belicoso el genio de esta nación, con todo son muy inclinados a juegos y regocijos, y en eso emplean buena parte del tiempo, en que descansan de la guerra, por ser naturalmente juglares y festivos. Para estas funciones reservan las galas de su mayor estimación y sus más vistosas curiosidades. Celebran sus festines más solemnes con bailes, a que a veces concurren las parcialidades de la comarca. El modo de danzar es dando saltos moderados, levantándose muy poco del suelo y sin ningún orden ni artificio. Júntase la muchedumbre, haciendo con ella número los más principales caciques, porque en ello no hacen diferencia en honor de la festividad, como tampoco la hay en los trajes; porque siendo todos a una moda, cada uno sale vestido del más vistoso que alcanza. Danse las manos unos a otros en círculo, y van girando consecutivamente alrededor de un estandarte que mantiene fijo en un sitio el alférez, que de propósito eligen para esta función,

8 También se encuentra escrito como Griffi.
9 Vino hecho de maíz (Charlevoix, 1910, I, p. 169).

> y al mismo tiempo hace un indio el son, no muy apacible, con un atambor mal templado. Junto al estandarte del alférez están puestas las vasijas de su chicha, de que beben a ratos, brindándose cortesmente unos a otros; porque es costumbre asentada entre estos indios no beber uno sólo, sino que hace la salva el que brinda, gustando primero la bebida, y ofreciéndola a los circundantes, hasta agotar el vaso. Duran de ordinario en estos bailes desde la tarde hasta la mañana siguiente, en que venciendo a fuerza de los brindis la embriaguez, (de que se hace gala en estos días) cesa la fiesta, o se convierte en otra locura más desordenada; porque refrescándose con el calor del vino la memoria de los agravios recibidos, que tenía casi olvidados la razón, intentan la venganza de los ofensores con recíprocas muertes o heridas. Las mujeres, como más vergonzosas, no se mezclan ordinariamente en estos bailes, sino a lo más una, u otra más desenvuelta, al ir labrando en sus cabezas la fuerza del vino; pero aún entonces no entran en la rueda de los hombres, sino que danzan fuera de ella, y ni son tantas las que se embriagan, ni quedan tan fuera de juicio, como los varones, por hallarse más expeditas para atender a sus casas, y cuidar de que no reciban daño sus maridos. Así lo escribe el Padre [Alonso de] Ovalle; aunque el Licenciado Pedro de Oña, que como nacido en la Ciudad de los Infantes de Angol, y muy perito en el idioma del país, trató muy fácilmente a estos indios, antes de perderse las seis ciudades, da a entender en su Arauco domado, ser común entre ellos el interpolarse en estos bailes y borracheras, sin distinción, las personas de ambos sexos, con la disolución, que impera Venus, donde Baco y Ceres viven tan de asiento hermanados.
>
> CANTARES E INSTRUMENTOS MÚSICOS QUE USAN [LOS INDIOS CHILENOS].
>
> Mientras bailan, cantan a veces algunas canciones, cuyo asunto ordinario son las hazañas de sus mayores, o las propias; pero el canto es sólo levantar todos a una la voz en un mismo tono, a manera de canto llano, sin ninguna diferencia de bajo[10], tiple, tenor o contra alto. Al acabar cada copla tocan sus flautas y trompetas cuya desigualdad de sonidos conciertan con algún género de consonancia, y viene a corresponder a los pasacalles en nuestra vihuela. Las flautas son de huesos, o canillas de animales, aunque los que mantienen la guerra contra el español, las hacen de las canillas de nuestra gente muerta en las batallas, para ostentación de su valor, y gloria inmortal de sus victorias; suenan tanto estos instrumentos, y cantan los indios tan alto[11], que su confusa vocería se deja sentir desde muy lejos. [...] (Lozano, 1754, II, p. 149-150).

Pero los chilenos no solamente utilizaban la música para su diversión sino también para otros menesteres, bastante más crueles que una melodía algo destemplada:

10 En el original: baxo.
11 En el sentido de una intensidad fuerte.

CUAN VENGATIVOS SON LOS CHILENOS.

[…] y entonces no es ponderable la saña, con que se vengan de los enemigos, a quienes su desgracia reservó la vida en el combate, y les dejó prisioneros.

MODO CON QUE DAN MUERTE A LOS PRISIONEROS.

La forma, que guardan en esta venganza, es la siguiente. Dentro de un círculo, que forma la gente armada, meten al miserable prisionero, y le sientan, vuelto el rostro a su tierra, junto a los toquis[12], que están tendidos por el suelo, y son unas hachas, insignias de los más principales, a que llaman *hulmenes*. Pónenle en la mano un manojo de palillos, junto con otro palo mayor; aquel para que por cada uno de ellos vaya numerando los valientes de su país; y este otro para que haga un hoyo en que enterrarlos. A cada valiente, que nombra, arroja un palillo en el hoyo, en significación de que han de ser vencidos por el valor de los circundantes, y enterrado como aquellos palos. Últimamente se nombra a si mismo, porque ninguno siente de si tan bajamente, que no piense entrar en el número de los valientes, y al momento llueven sobre él las lanzas, en cuyas puntas le levantan por los aires, o si no le yenden la cabeza con una potra, y con gran presteza se la cortan, para clavarla en una pica, y celebran la victoria con unas canciones lúgubres, discurridas para estos lances. Acuden otros a cortarle varios pedazos del cuerpo, y sacarle palpitando el corazón: quien le corta una pierna, para formar de su canilla una flauta, quien descarnada ya, le labra los agujeros. Unos andan dando vueltas alrededor de la rueda, desnudos hasta la cintura; otros con gran furor echan retos a los enemigos, y a ratos todos los de la rueda levantan juntos la voz, vibran las lanzas, rozando las unas con las otras, y baten el suelo con los pies tan fuertemente que le hacen temblar. El corazón es despojo reservado para los capitanes y caciques, quienes se le comen corriendo sangre, o untan con ella las flechas, y toquis, qué están clavados en el suelo; y soplan por no sé qué agujero hacia la tierra del enemigo. Luego vuelven a cantar sus endechas al son de la flauta, formada de la canilla, dando vueltas en círculo a la lanza, en que está fijada la cabeza. Cogen después el cuerpo tronco, y sacándole fuera de la rueda, le arrojan hacia la tierra del enemigo, dejando abierta una calle, por donde van y vienen indios armados jugando las lanzas, en ademán de quien envite a su contrario, batiendo los demás al mismo tiempo la tierra, como si se previnieran para acometer. […] y con la flauta de la canilla tocan en adelante en sus fiestas […] (Lozano, 1754, II, p. 150-151).

Estas prácticas guerreras, que demuestran el poder del vencedor sobre la vida del enemigo, también son relatadas por el P. Pedro Lozano como propias de los guaycurús:

12 Jefes de los guerreros araucanos.

EN QUÉ LES SIRVEN LAS MUJERES.

[…] La mayor demostración de amor, que hacen estos bárbaros [los guaycurús] con sus mujeres es, al volver victoriosos de la guerra, llevarles por trofeo las cabezas de sus enemigos desolladas, y también los cautivos de pequeña edad que apresaron; y ellas en ciertos días se adornan de las mejores mantas; cubren las cabezas de plumas, y la frente con planchitas de plata; se ponen sus collares y sartas de abalorios, y sacan con gran fiesta en público dichas calaveras, y también los cautivos, y colgando aquellas de unos palos, bailan, y cantan alrededor, alabando a sus maridos, ensalzando su valor y proezas, y gloriándose de retenerlos por suyos. (Lozano, 1755, v, p. 231).

Volvemos con la música de los chilenos pero ahora para el más allá y en los lamentos fúnebres:

SU RELIGIÓN.

Pero sea lo que fuere de tan horrible abominación, en lo que ninguno discrepa es en creer la inmortalidad del alma, aunque oscurecida esta verdad con varios errores. […] Porque decían, que el ejercicio de las almas separadas, era ocuparse en bailar y cantar, saciar el apetito con abundancia de menestras y brindis en espléndidos banquetes; tener allá el uso de las mujeres, con quienes acá cohabitaron, sin la pensión de criar hijos, porque no los pueden allí procrear. […] Sobre las sepulturas [los chilenos] levantan montones de piedras, en forma de pirámides, y la mayor celebridad de las exequias es el llanto común de todos los parientes; pero con mayor intención de las mujeres, que sobresalen en las demostraciones del sentimiento, porque no plañen al difunto en silencio, sino cantando voz en cuello; de manera que, a quien las oye de lejos, provocan más a risa que a compasión. Rodean al difunto, luego que expira la mujer o mujeres propias, las hijas y parientas, y empezando a entonar la primera, le[13] siguen las otras a compás, bajando la una el alarido, cuando le levanta la otra, durando en estos fúnebres cantos con tal tesón, que antes se secan y enjugan las lágrimas, que las indias cesen de sus descompasados lamentos; […] (Lozano, 1754, II, p. 153).

La graduación militar entre los indígenas paraguayos se solemniza con el canto y el toque de tambores:

13 En el original: la.

GRADOS, QUE TIENE ENTRE SÍ ESTA GENTE, Y EL PRIMERO ES EL DE LOS MUCHACHOS.

El orden y diferencia de grados, que estos bárbaros [los guaycurús] tienen entre sí es cosa de admirar en gente tan agreste y montaraz, [...] (Lozano, 1754, V, p. 229).

El tercer grado es de Soldado Veterano, que es entre ellos el supremo, a que ascienden de veinte años adelante, siendo robusto, y valiente. El modo de ser admitido a este grado es el siguiente. El día antes se hace cortar el cabello, [...] Ataviado en esta forma, empieza antes de amanecer a tocar uno de sus atambores (que es una olla con poca agua dentro, bien tapada, y un cascabel de calabaza que no suena) y juntamente a cantar hasta las cuatro o cinco de la tarde, en que soltando el atambor, toma siete huesos de venado muy agudos, o siete espinas de la raya, y los reparte a otros tantos Soldados Veteranos, que él mismo escoge. Estos, llegándose al puesto donde está cantando, que es fuera de la ranchería, [...] (Lozano, 1755, V, p. 230).

PRUEBAS QUE HACEN [LOS INDIOS DEL PARAGUAY] CON LOS NUEVOS SOLDADOS.

[...] A la noche se pinta de varios colores de pies a cabeza; se ciñe alrededor de la cabeza una banda de hilo rojo; se cubre todo el cuerpo de plumillas dispuestas con bastante orden, y hace con ellas también bolitas que lleva colgadas de la cintura. Así preparado, toma una clase de tambor, o más bien de cuero bien hinchado y lleno de agua, en el cual golpea con una calabaza, cantando; y esta ceremonia dura desde el alba hasta las cinco de la tarde. [...] (Charlevoix, 1910, I, p. 138).

Los caciques más importantes imponen su presencia con sonoras bandas militares:

RESUELVE ATIGUAYÉ SALIR A LA GUERRA CON SUS SECUACES.

Este, resuelto ya a despeñarse en su perdición, salió en público a embarcarse a hacer la guerra. Oyóse gran inquietud, y alboroto por todo el pueblo, sonando con estrepitosa armonía los atambores, flautas, cornetas y otros instrumentos de su milicia; y en la plaza del pueblo se juntaron hasta trescientos soldados, vasallos de dieciséis caciques que seguían ciegamente el partido de Atiguayé. [...] (Lozano, 1755, VI, p. 376).

Esas bandas militares también servirán para infundir bríos entre los guerreros y atemorizar al enemigo, como hacían los guerreros españoles:

> DERROTA DE LOS GUAYCURÚS.
>
> [...] Ordenó a los guaranís que acometiesen a los guaycurús, pero que les abriesen salida por el lado de la montaña para no reducirlos a una desesperación que les hubiese hecho vender demasiado cara su vida.
>
> Empezáronse muy pronto a oír sus tambores [de los guaycurús], al compás de los cuales gritaban a voz en cuello que desafiaban a todas las naciones del mundo a que viniesen a atacarlos: que eran pocos, pero que eran los más valerosos de la tierra, los dueños de todos los habitantes de ella y de todos los animales. Tienen costumbre de cantar de este modo todas las noches cuando están en guerra y creen tener cerca el enemigo. [...] (Charlevoix, 1910, I, p. 127-128).

Los hechiceros utilizaban la música para sus sortilegios:

> HECHICEROS Y MAGOS EN GUAYRÁ.
>
> Un indio venido de cerca de la frontera del Brasil, acompañado de un joven que le servía y de una mujer que había tomado, dio vuelta al Guayrá, y en su viaje hizo bastante comercio con cosas de poco valor, a las cuales atribuía grandes virtudes. Llegó por fin a Loreto, donde residía entonces el P. [José] Cataldino, y comenzó por congregar a la ribera del río muchos indios de la aldea; luego, revistiéndose de una especie de manto hecho de un tejido de plumas, como había acostumbrado hacer en sus sortilegios, y teniendo en la mano el cráneo de una cabra, lleno de guijarritos, que meneaba sin cesar, se puso a cantar al son de aquel instrumento. De tiempo en tiempo parecía agitado de movimientos convulsivos, y con tono entusiasta gritaba que él era el árbitro supremo de vida y muerte; [...] (Charlevoix, 1910, II, p. 179-180).

En Asunción un cacique realiza oraciones fúnebres en memoria de un mártir acompañándose de una caja:

> MARTIRIO DEL P. [JUAN] DEL CASTILLO.
>
> [...] Por su parte Niezú, [cacique de Asunción,] luego que le participaron la muerte del P. [Roque] González, se revistió de una especie de manto hecho de un tejido de plumas, convocó sus vasallos, y por ser de noche cuando acabaron de juntarse todos, mandó apagar los fuegos; y luego, tomando en la mano una calabaza llena de piedrezuelas, sacó de su garganta, mientras meneaba la caja, sonidos mal articulados, haciendo suceder a aquella música ciertos intervalos de silencio, y con tal ceremonia puso todos los ánimos como poseídos de embriaguez y furor (Charlevoix, 1910, II, p. 256).

El duelo seguido del luto aliviado por bailes y festines:

> QUIÉNES ERAN LOS MATARÁES.
>
> La única, o por lo menos la principal ocupación de los matarás, era ir todos los años a ofrecerse banquetes unos a otros, y en ellos bebían siempre hasta quedar todos ebrios. Celebraban el aniversario de la muerte de sus inmediatos parientes de un modo harto singular. [...] Duraban aquellas fiestas cuatro días, y el último lloraban los muertos durante una hora. A este llanto sucedían risas inmoderadas, bailes y festines, donde era obligatorio el emborracharse. [...] (Charlevoix, 1910, II, p. 427-428).

11.3.2. La música de los ejércitos españoles

La música usada como un sistema para reunir al ejército:

> NUEVAS OSADÍAS DE BELLIDO, QUE SE DECLARA CONTRA LA REAL AUDIENCIA.
>
> [...] Dio, pues, traza que se juntase el Cabildo, donde se acordó, que se hiciese nombramiento de Oficiales de Guerra, y fueron elegidos Maestre de Campo el mismo Depositario Bellido; Capitán de Caballos el Licenciado Martín Ximeno, a la sazón Alcalde Ordinario; Capitanes de Infantería Juan de la Vega, Francisco de Olmos y Pedro de Lerena, que era Contador de las Casas Reales; Sargento Mayor el Capitán Calderón, que con opinión de gran soldado había servido en Flandes; y por fin otros oficiales menores, necesarios para gobernar dos mil hombres, que tantos se juntaron al son de cajas[14] y pífanos. [...] (Lozano, 1754, IV, p. 594).

Y para infundir bríos entre los guerreros y temor al enemigo, como hacían los guerreros indígenas:

> PELIGRO GRANDE DE LOS OIDORES, A QUIENES EL PADRE [DIEGO DE] TORRES PROCURA SOCORRER.
>
> [...] envió el Padre Rector un mensaje a los Prelados de las otras Religiones, rogándoles encarecidamente que se armase cada uno con un crucifijo en las manos, y saliesen a oponerse con estas armas sagradas a la furia popular, y defender de la muerte a los Oidores. No se pudo poner en práctica esta piadosa traza, porque ya todas las calles estaban tomadas por los sediciosos, a quienes infundían mayores bríos el son estrepitoso de las cajas[15] militares y el toque de todas las campanas a rebato, que haciendo eco en los ánimos de los Oidores, les llenaban de pavor asombroso, temiendo por horas

14 En el original: caxas.
15 En el original: caxas.

> la última de su vida, sin discurrir modo de librarse del furor arrebatado de dos mil ochocientos tumultuantes, que ya se habían juntado; [...] (Lozano, 1754, IV, p. 599).

Por la misma razón a los indios de las reducciones se les expropiaron instrumentos musicales:

> TRANQUILIDAD DE LOS JESUITAS.
>
> [...] En este intermedio tuvo noticia D. Bernardino [de Cárdenas, consejero del Rey,] de que unos indios de las reducciones del Paraná acababan de pasar por Yaguarón para ir a los Itatines; hizo que los alcanzasen, y les quitaron cartas que estaban encargados de entregar al P. Sobrino al pasar por la Asunción, algunos instrumentos de música (1) y algunos mosquetes que les habían dado unos jefes militares para defenderse, caso de ser atacados por cualquier partida enemiga.
>
> VIOLENCIAS Y ÓRDENES DEL OBISPO.
>
> El P. Sobrino, que tuvo noticia de ello, sin saber que esta violencia hubiese sido hecha por orden del Obispo, le escribió pidiéndole que hiciese devolver a aquellos indios lo que les habían quitado; pero el Prelado, por toda respuesta, le envió la substancia de las cartas interceptadas, y le hizo grandes reconvenciones de que los jesuitas tolerasen a sus indios tener armas de fuego. Por otra parte, estaba tan lejos de querer devolver los mosquetes, como que no tenía bastantes para repartir entre todos aquellos de quienes se quería servir en su expedición. Creyó asimismo que los instrumentos de música venían muy a propósito para animar a sus tropas a obrar con valor si se veían obligadas a combatir. [...]
>
> (1) Charl. Casi nunca van los neófitos[16] de las reducciones sin algunos instrumentos de música, que les sirven, ya para entretenerse por el camino, ya para alegrar a los misioneros, o bien para acompañar sus cantares e himnos sagrados. (Charlevoix, 1910, III, p. 102-103).

Durante las fiestas de San Ignacio en Buenos Aires se escucha una banda militar y más tarde, dentro de la iglesia, voces entonando devotos motetes:

> CELEBRA EL P. PROVINCIAL EN CÓRDOBA LAS FIESTAS DE LA BEATIFICACIÓN DE N. P. S. IGNACIO.
>
> [...] En Buenos Aires, que fue la primera parte de la provincia donde se hicieron las Fiestas, luego que llegó la Bula, se quiso encargar de ellas el nuevo gobernador Diego Marín Negrón, y así fue extraordinario el regocijo.

16 Persona recién convertida a la verdadera religión.

CON QUÉ APARATO SE HICIERON LAS MISMAS EN BUENOS AIRES.

Mandó ocho días antes enarbolar sobre nuestra iglesia todas las banderas y estandartes de la ciudad y de los navíos, y cada día tres veces se daban festivos repiques, correspondiendo las campanas de la Iglesia Mayor y de los conventos, y resonando en los intervalos de cada repique el estruendo de seis piezas de artillería, que se plantaron a la puerta de nuestra Iglesia, y la armoniosa consonancia de timbales, clarines y otros instrumentos músicos. [Durante] La Víspera, que fue el sábado 8 de mayo, se disparó con más frecuencia la artillería, respondiendo la del Fuerte de la ciudad, y repetidas salvas de mosquetería de toda la milicia del Presidio; ardieron luminarias en nuestra Casa, y en otras en gran número, y muy lucidas; se quemaron varios ingeniosos artificios de fuego, e hicieron a caballo una encamisada, con hachones ardiendo, en que no se desdeñaron de entrar el Gobernador presente, y el pasado Hernandarias[17], con todos los vecinos principales, y mucha gente forastera, que corriendo por las calles, aclamaban muy alegres y festivos: Viva San Ignacio de Loyola, voces que repetían y aplaudían los niños, y la demás gente, siendo tal el regocijo, ayudado de los continuos repiques, y música de instrumentos, que en un carro triunfal discurrían por la ciudad, llegándose diversas veces los dos Gobernadores a la puerta de nuestra Iglesia, donde asistían los Nuestros, y los demás Religiosos decían: *No sabemos, Padres, que es esto, que nos vuelve locos este Santo.*

[…] Honrónos en el Altar la Religión Seráfica, cuyo Reverendo Padre Guardián se ofreció a cantar Misa, y Vísperas, y asistieron las demás Religiones y Clérigos, así de la Ciudad, como otros que habían venido en los navíos, despertando la devoción del Santo con varios ingeniosos motetes que cantaron en su alabanza, y el púlpito ocupó el Padre Provincial Diego de Torres que desahogó bien su filial ardentísimo afecto, […] (Lozano, 1755, VI, p. 270-271).

Una banda militar ayuda a hacer más solemnes las fiestas:

FIESTAS SOLEMNES.

Las fiestas solemnes se celebran con el mayor aparato, sobre todo la del titular de la iglesia y la del Santísimo Sacramento. Para la primera se convidan los pueblos más cercanos, y hay gran concurso. Acuden los principales a caballo, vestidos de sus uniformes: y empieza la fiesta la víspera, por la tarde, con una hermosa cabalgata en que el alférez, que lleva el estandarte mayor, monta un corcel muy bien enjaezado y camina bajo un magnífico dosel. Luego que al son de los tambores y otros instrumentos de guerra ha atravesado las calles principales, se encamina a la puerta mayor de la iglesia, donde se apean todos, y el alférez va a ocupar el puesto que se le tiene preparado en una capilla. Cántanse entonces las primeras Vísperas, después

17 Hernandarias (Hernando Arias de Saavedra) fue gobernador del Paraguay. Mientras estaba al mando de la gobernación se emitió una Real Cédula del 16 de marzo de 1608 que ordenó que los jesuitas se dirigieran a las regiones del Paraná, del Guayrá y a la región del sur del actual Brasil donde vivían los guaycurúes.

de las cuales ejecutan danzas los niños en la Plaza Mayor, en donde toda la gente se halla dispuesta con el mayor orden. [...] (Charlevoix, 1910, II, p. 87).

Todo obispo es merecedor de la mejor música militar y la de los órganos de la iglesia a la que concurre:

VISITA DE LOS OBISPOS.

Luego que se sabe que el Prelado [(el Obipo)] se acerca a una reducción [desde Buenos Aires], es recibida la noticia con grandes muestras de alegría, y parten al punto a buscarle dos compañías de caballería, que no se detienen hasta que llegan a vista de su comitiva. Entonces se forman, despliegan sus estandartes y hacen en buen orden todas sus evoluciones. [...] [A]Parece luego la infantería, formada en batalla con sus banderas, y el redoblar de los tambores y el sonido de trompas y clarines resuenan por los campos de la comarca. Pasa el Obispo por en medio de esta tropa, que le hace los honores militares, y cierra en seguida la marcha en buen orden hasta llegar al pueblo.

Entra en él el Prelado en medio de las aclamaciones de la gente, y va primero a la iglesia, donde es recibido al sonido de los órganos y donde le aguardan todas las mujeres, pues nunca se les permite, con pretexto alguno, mezclarse con los hombres en los actos públicos. [...] Después de dar el Obispo la bendición a las mujeres, que la reciben postradas en tierra y con las manos juntas, es conducido al altar, donde entona el *Te Deum* que canta la música; y luego se dirige al albergue que se le ha preparado. (Charlevoix, 1910, II, p. 73-74).

DE QUÉ MODO SON RESTABLECIDOS LOS JESUITAS.

[...] Entraron en la iglesia, entre repiques de las campanas, y se cantó un *Te-Deum.* Acabadas las oraciones, el Obispo, revestido de traje pontifical, sacó del Tabernáculo el Santísimo Sacramento en la Custodia que se había depositado allí el día que fueron arrojados los jesuitas, y lo llevó procesionalmente a la iglesia del colegio, estando acordonadas y en armas todas las tropas a su paso, y tocándose las cajas de guerra. [...] (Charlevoix, 1910, V, p. 146).

El sonido potente de los clarines está en consonancia con lo que representa la institución y el poder:

MUESTRAS DE PIEDAD DEL GOBERNADOR Y SU EFECTO.

[...] El resto del camino se pasó tranquilamente, y después de veinticinco días de navegación, llegaron a Buenos Aires. Recibió el Gobernador al P. González con toda la nobleza a caballo, y con sus dos hijos, uno de los cuales estaba al frente de un batallón de infantería, y otro al frente de un escuadrón de caballería. Desfilaron las dos tropas, e hicieron sus ejercicios a vista de los indios, quienes fueron luego conducidos por el Gobernador al fuerte, a son de clarines: allí les hizo tomar un refresco, y luego los condujo al palacio episcopal. [...] (Charlevoix, 1910, II, p. 217).

11.3.3. La música a diario y en las celebraciones religiosas comunes

La música al servicio de la belleza de la Eucaristía y de la propagación de la fe:

> XXIV. [*EN LA MISIÓN DE SAN PABLO.*]
>
> Llegaron todas las poblaciones que en aquellas provincias hicimos a trece, en que todos los domingos se predicaba, y todos los días del año se hacía la doctrina; [...] Celebrábase todos los domingos las Misas en canto de órgano, con muy buenos instrumentos; con que grandes provincias de gentiles que teníamos en fronteras nos deseaban para que entrásemos en sus tierras a enseñar a sus hijos. (Ruiz de Montoya, 1639, p. 45v-45r; Ruiz de Montoya, 1892, p. 142-143).
>
> XXXVIII. *SALIDA QUE HICIERON LOS INDIOS DE LORETO Y SAN IGNACIO DE SUS TIERRAS HUYENDO DEL ENEMIGO.*
>
> [...] Con orden que el Padre Provincial me había dejado, que si las cosas diesen lugar fuese yo, o enviase Padres a la provincia de los Itatines, sobre el río Paraguay, paso para el Perú, envié a los Padres Diego Rancioner, Padre Nicolás Hernacio, Padre [Justo] Mansilla, fervorosos misioneros, de los cuales los dos primeros dieron sus vidas, [...] Llevaban arpas e instrumentos músicos con que en su patria daban música a Dios en sus festividades, y entre motetes suaves crecía su devoción, juzgando por muy breve la asistencia larga que hacían en el templo, al son de aquellos acordados instrumentos, ya sin cuerdas y desechos. No sirviéndoles ya más que para una triste memoria, los dejaron perdidos entre las peñas de aquel áspero camino. (Ruiz de Montoya, 1639, p. 51v; Ruiz de Montoya, 1892, p. 159-160).
>
> XXXIX. *PROSIGUE LO MISMO.*
>
> Atribuimos toda esta abundancia a la devoción que se entabló de que todos oyesen Misa todos los días. Movióles a esta devoción algunos ejemplos que de esta materia escriben los Autores. Hiciéronse iglesias fáciles, capaces y vistosas, renováronse los instrumentos de bajones[18], cornetas, violones[19], arpas, cítaras[20], vihuelas[21], clavicordios[22], con que a canto de órgano a dos y tres coros se celebran las Misas. [...] (Ruiz de Montoya, 1639, p. 53r; Ruiz de Montoya, 1892, p. 166).

Ejemplos de la buena utilización de la misa cantada, tan habitual en las reducciones:

18 En el original: baxones.
19 En el original: vigolones.
20 En el original: citoras.
21 En el original: viguelas.
22 En el original: monacordios.

CAPÍTULO VII. FERVOR Y VIRTUD DE LA NUEVA CRISTIANDAD, PREMIADA DE DIOS NUESTRO SEÑOR CON MUCHOS SUCESOS MILAGROSOS.

[…] Tres veces al día, al romper del alba, a medio día y a la noche, juntos los niños y las niñas cantan a coros distintos gran número de oraciones y decoran de memoria lo que el misionero les ha explicado del Catecismo. Todos los días de fiesta se junta el pueblo a oir algún punto de la doctrina cristiana o sermón, después de haber cantado solemnemente la misa. […] (Fernández, 1726, p. 108; Fernández, 1895, I, p. 135).

[…] Pero cuando estas reducciones parecen un paraíso (dice un sujeto que las ha visto), es por la noche, cuando todos cantan las cosas de nuestra Santa Fe, puestas en cierto modo de música muy llano, lo cual hacen los niños y niñas en las calles públicas, al pie de las cruces, y los hombres en sus casas y en lugar separado de las mujeres; después rezan el rosario y concluyen esta devota función con cánticos en alabanza de Cristo Señor Nuestro, y de su Santísima Madre Nuestra Señora la Virgen María, a quien profesan afecto tiernísimo, no llamándola con otro título que de Madre; todos los sábados y las vísperas de las festividades consagradas a su nombre cantan la misa a son de instrumentos músicos, cuales se usan entre ellos, y jamás van a trabajar al campo o vuelven de su labor sin que primero entren en la iglesia a hacer oración delante de su imagen. […] (Fernández, 1726, p. 109-110; Fernández, 1895, I, p. 136-137).

MÉTODO QUE OBSERVABAN EN ESTA MISIÓN.

[…] A las luces primeras de la aurora celebraba Misa uno de los Padres, y el otro oía confesiones, en que dadas gracias, le acompañaba también el otro, hasta hora competente para la Misa cantada, que se oficiaba con cuanta solemnidad cabía en aquellos desiertos, para engendrar en los ánimos bárbaros o agrestes aprecio debido de las ceremonias eclesiásticas, […] (Lozano, 1754, I, p. 57).

Otra forma de difundir la Doctrina Cristiana es cantarla por las calles:

OTROS MINISTERIOS CON LAS OTRAS CONDICIONES DE GENTE.

Porque el Padre Gabriel de Vega, sujeto de gran virtud, con igual literatura se aplicó al ministerio de los morenos o negros, ya libres, ya esclavos. El Padre Luis de Estela se encargó del Catecismo, y enseñanza de los niños, para quienes se abrió escuela; y los Padres Piñas, Olivares y Aguilera, se ejercitaban con los españoles. Impuso el Padre Vega a los morenos, de la manera que a los indios, en el Catecismo; y saliendo a recogerlos a son de campanilla los domingos, los conducía en procesión por las calles, cantando las Oraciones hasta la plaza principal, donde en las gradas de la Catedral, después de haber disputado sobre el Catecismo, preguntándose los unos a los otros, les enseñaba la Doctrina, y predicaba, procurando con vivas razones, pero adecuadas a su corto ingenio. […] (Lozano, 1754, II, p. 162).

INFLUYE EL P. VALDIVIA A LOS NUEVOS PÁRROCOS DE LOS INDIOS Y DA PROVIDENCIA PARA QUE ÉSTOS ACUDAN A LA DOCTRINA.

[…] porque desde que [el P. Luis de Valdivia] llegó a la Concepción, entabló el salir todos los domingos con dos compañeros a cantar la Doctrina por las calles, y explicarla en la plaza a los indios, y después les predicaba por casi una hora, y le vinieron a cobrar tanto amor, que no reconocían otro Padre. […] (Lozano, 1755, VII, p. 491-492).

TRABAJABA MUCHO [EL P. MARTÍN] EN SAN IGNACIO.

[…] Ese era el descanso de las tareas de la mañana, a las cuales volvía a las dos de la tarde, en que puntualísimo tocaba la campanilla, convocando otra vez los indios a la doctrina, la que les enseñaba por largo rato; luego salía con ellos en procesión, cantando por las calles el Catecismo, y de vuelta bautizaba otros que estaban dispuestos, […] (Lozano, 1755, VIII, p. 709).

CEMENTERIOS Y ALGUNAS PRÁCTICAS DE PIEDAD [EN LAS PRIMERAS REDUCCIONES].

[…] Hanse edificado también, a cierta distancia de cada reducción, capillas que son el término de las procesiones que se hacen, sea en los días de Rogaciones, sea cuando se quiere implorar el socorro del cielo en las calamidades públicas, sea para dar gracias a Dios por algún favor recibido. Todas las calles del pueblo van a parar a una de estas capillas, y al extremo de las calles hay una cruz, donde hace alto la procesión, para cantar un motete de música, cuyas palabras tengan relación con el fin de la procesión, o bien algún artículo de la Doctrina Cristiana. De allí se entra en una avenida plantada de los más grandes y hermosos árboles que conduce a la capilla, a la que se llega cantando las oraciones acostumbradas, que se termina al fin con otro motete. […] (Charlevoix, 1910, II, p. 90-91).

Las letanías lauretanas son deprecaciones a la Virgen María, por lo que también se las conoce como letanías de la Virgen, que habitualmente se rezan o cantan después del Rosario:

NAVEGACIÓN DE LOS JESUITAS DE LIMA A CHILE.

[…] Cantábanse todos los días [durante la navegación] las Letanías Lauretanas y el Rosario a coros, y se leía en voz alta algún libro devoto; […] (Lozano, 1754, II, p. 121).

LO QUE UTILIZÓ A LOS NAVEGANTES LA COMPAÑÍA DE LOS JESUITAS.

[El Padre Visitador Esteban Páez escribió:]

[…] *cada día por la tarde les hacíamos rezar el Rosario y cantar las Letanías Lauretanas* […] (Lozano, 1754, III, p. 365).

[ACTIVIDADES DEL VENERABLE PADRE BALTASAR SEÑA, MISIONERO DE GUARAMBARÉ].

[…] esmerándose en particulares obsequios los días de sus fiestas y en los sábados de todo el año, y en estos entabló en Guarambaré se cantasen las Letanías Lauretanas después del Rosario, concurriendo gustoso todo el pueblo. (Lozano, 1755, VIII, p. 785).

Todos los momentos, aún los peores, son buenos para alabar a Dios mediante el canto que alegra los ánimos y aviva la devoción:

[EL VENERABLE PADRE DIEGO DE TORRES Y SUS MISIONEROS DEBEN NAVEGAR.]

En la navegación los más de los misioneros experimentaron aquellos ordinarios efectos que causan los vaivenes y vapores del mar, alterando la cólera, con terribles arcadas y vómitos; […] Sin embargo, compadecido de la flaqueza humana, también [el P. Diego de Torres] les daba sus tiempos para recreación, que hacía provechosa la dulzura con que el Siervo de Dios movía a todos a devoción, con varias industrias, porque disponía que unas veces se tomase por materia el alabar a Dios en alguna de sus criaturas, con ocasión de alguna propiedad o virtud que en ella resplandece. Otras, que se elogiase a la Santísima Virgen, o alguno de nuestros Santos, refiriendo cada uno alguna de sus virtudes; a todo lo cual echaba la sal con su discreción el Venerable Padre en tan buen punto, que sazonaba el entretenimiento, para que sirviese de gustosa recreación lo que sin tan buena sazón pudiera parecer desabrido. También hacía otras veces que algunos de buena voz entonasen algunos cantares piadosos, con que alegrando los ánimos, avivasen la devoción, y moviesen a levantar el corazón al Señor; y de este modo se hizo muy suave la prolija navegación de España a Indias, […] (Lozano, 1754, IV, p. 666).

[DESCUBRIMIENTOS DEL P. JOSÉ CARDIEL].

Partió el mismo día el P. Cardiel con treinta y cuatro hombres, y caminó al principio al Oeste. […] Cuando seguían las huellas humanas que habían hallado, caminaba el Padre el primero, acomodando su paso al de los más débiles, llevando en el pecho un crucifijo y en la mano un bastón, sobre el cual estaba grabada la figura de una cruz. Al acercarse la noche, se rezaba el Rosario en común, se cantaba la Salve Regina y todo se hacía al son de una campanilla. […] (Charlevoix, 1910-16, VI, p. 225-226).

El trabajo con tesón da sus frutos, y se reconoce en los cánticos espirituales que empiezan a resonar en los poblados, como en el de Santiago del Estero:

1586. SUS PRIMEROS TRABAJOS EN ESTA CIUDAD.

Contábanse entonces 500 familias en Santiago del Estero. Todo su territorio se hallaba poblado de indios, y las campiñas vecinas, que son muy hermosas, se cubrían diariamente de nuevas habitaciones españolas. Sin embargo, el Obispo no tenía a la sazón más que cinco eclesiásticos y algunos religiosos con quienes pudiese contar. […] Repartieron el tiempo entre la predicación, confesiones, visita de enfermos y conferencias privadas. El tiempo que necesitaban para sus ejercicios espirituales, lo robaban del sueño. Oyóseles con respeto, dirigiéronse a ellos con confianza, y encontraron en todas partes corazones dóciles. La ciudad cambió muy luego de aspecto, y casas y calles resonaban de día y de noche con cánticos espirituales. […] (Charlevoix, 1910, I, p. 310-311).

Por las noches se oía el fruto de los desvelos de tantos misioneros o, al decir del P. Juan Patricio Fernández, de «los trabajos, afanes y fatigas de los jesuitas»:

INDUSTRIA PARA QUE LOS INDIOS NO OLVIDEN LA DOCTRINA CRISTIANA.

[…] era para alabar a Dios oír por las noches resonar las voces de los que cantaban devotos los Misterios Sagrados, en lugar de los cantares profanos, que antes inficionaban los aires[23]. […] (Lozano, 1754, IV, p. 756).

INSTITUYEN EN EL CASTILLO DE ARAUCO LA CONGREGACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LORETO, CON ADMIRABLE FRUTO DE LOS SOLDADOS.

[…] Saboreados con estos ejercicios en la deliciosa suavidad de la piedad sólida, fue creciendo cada día la devoción y el ejemplo. Asistían inmóviles, no ya a una, sino a las dos Misas de los misioneros todos los congregantes, que ya eran muchos del ejército, porque la mudanza constante de costumbres les había hecho dignos de esta dicha que solicitaron con ansias; esmerábanse en adornar con flores la Imagen de María Santísima, aunque le era sin duda más agradable obsequio el vigilante cuidado que ponían en trasladar, por trueque dichoso a sus almas, el adorno de sus celestiales virtudes; especialmente la de su pureza, de que antes vivían olvidados; tomaban rigurosas disciplinas, maceraban con ayunos el cuerpo, empleaban muchas horas en oración, socorrían liberales las necesidades de los pobres, y en lugar de los cantares lascivos con que ofendían antes los castos oídos, sucedieron las alabanzas a[24] María Santísima, que con suave armonía resonaban en dulces canciones por todo el campo español, para implorar su favor y patrocinio. […] (Lozano, 1755, V, p. 15).

23 En el original: ayres.
24 En el original: de.

Y durante el día también:

> QUÉ BIEN SE APROVECHARON LOS INDIOS DE PITUM DE LOS MINISTERIOS DE LOS MISIONEROS.
>
> [...] Al mismo tiempo se oían en todas las casas los ecos de los que rezaban la Doctrina y varias devociones, y de los que entonaban cantares santos que se les enseñaban, para desterrar los menos decentes. [...] (Lozano, 1755, VI, p. 406).

Los niños, ya enseñados, hacen sus cantos y oraciones:

> [EL CACIQUE ROQUE] MARACANÁ PERSUADE A SUS VASALLOS SE REDUZCAN PARA SER ENSEÑADOS.
>
> [...] Cantóse después Misa, oficiada por el Padre Simón Mazeta, que era perito en la música, y por un niño español, que llevaban para ayudar las Misas; [...] (Lozano, 1755, V, p. 161).
>
> PASA EL P. MARCIEL DE LORENZANA A YOSACÁ, Y EL FRUTO QUE SACÓ SU CELO.
>
> [...] Oígase todo el suceso al mismo Venerable Padre [Marciel de Lorenzana] en carta de 15 de Septiembre de 1610 para el Padre Provincial Diego de Torres, donde escribe así: [...] Los niños rezaron las Oraciones y Catecismo, y cantaron sus coplitas: oyeron y rezaron los guaycurús con gran atención. [...] (Lozano, 1755, V, p. 242-243).

11.3.4. La música en las celebraciones religiosas extraordinarias

Podemos leer con frecuencia los ejemplos de la utilización de los medios disponibles para dar magnificencia y brillantez a determinadas celebraciones religiosas. Aquí la música resultó ser una herramienta fundamental para conseguirla, como parecen demostrar las siguientes citas.

Constituir una congregación no es algo de todos los días y merece ser celebrado con alegría y buena música:

> XL. *DE ALGUNAS COSAS QUE SUCEDIERON DE EDIFICACIÓN.*
>
> Ya eran pasados cuatro años en peregrinación, hambre y desasosiegos, parecíonos era ya tiempo, no sólo de cobrar el sosiego necesario para la cristiana vida, sino aún de aventajarlos en virtud, y así tratamos de erigir una Congregación de nuestra Señora: hicimos elección de sólos 12, los más aventajados en virtud. Empezóse con mucha fiesta de música y celebridad de Misa y Sermón, comulgaron los congregantes este día, que no causó poca emulación y santa a todo el pueblo. [...] (Ruiz de Montoya, 1639, p. 55v; Ruiz de Montoya, 1892, p. 170-171).

Se agradeció el fin de un asedio con nueve días de buenas misas:

LXII. *REDUCCIÓN DE SANTO TOMÉ.*

[…] y tal vez sucedió que una tropa de indios acosados de ellos hicieron un fuerte de palos, donde los tuvieron los tigres cercados, sin darles lugar a salir en cuatro días; con esto se fueron reduciendo todos los gentiles. Cesó este trabajo con un novenario de Misas cantadas. (Ruiz de Montoya, 1639, p. 79r; Ruiz de Montoya, 1892, p. 243).

Las visitas a Tucumán o a Santiago del Estero o a Asunción de abnegados jesuitas son merecedoras de los mejores Te Deum:

DEMOSTRACIONES CON QUE LOS RECIBIÓ EL OBISPO DE TUCUMÁN.

Quien excedió a todos en las señales de gozo, fue sin duda el Ilustrísimo Prelado que al igualar los Padres con el primer canto de la plaza, se adelantó desde su catedral al medio de ella, acompañado de los prebendados, por no mostrarse perezoso el deseo, si esperase en la iglesia. Levantólos a sus brazos desde el suelo, en que postrados de rodillas, esperaban su bendición; y después de las primeras salutaciones, entonó con voz sonora el *Te Deum Laudamus*, que prosiguió el clero con extraordinaria armonía; que es cuanto se puede ponderar, para quien sabe es común en dicha ciudad oirse voces que pueden dar envidia a los más canoros cisnes. […] (Lozano, 1754, I, p. 12).

DE QUÉ MODO SON RECIBIDOS [LOS PP. FRANCISCO ÁNGULO Y ALFONSO BÁRSENA Y EL HERMANO JUAN VILLEGAS] EN SANTIAGO [DEL ESTERO].

[…] El Obispo, que había ordenado una solemne acción de gracias por su feliz llegada, después de abrazarlos tiernamente con lágrimas en los ojos, viéndolos postrados a sus pies para pedirle la bendición, los condujo procesionalmente a la Catedral, y allí les dio la bienvenida en términos que hicieron sufrir mucho a su modestia. Luego entonó el *Te Deum,* que fue cantado por el clero, y los llevó en seguida a su casa, donde quiso que estuviesen albergados. […] (Charlevoix, 1910, I, p. 310).

CÓMO SON RECIBIDOS [EN LA CIUDAD DE ASUNCIÓN].

Recibiéronlos el Gobernador a la cabeza de las tropas, el Obispo con toda la clerecía, y los Superiores de los regulares, con aclamaciones del pueblo, y los condujeron a la Catedral, donde se cantó el *Te Deum;* y de allí a su colegio. Al día siguiente, celebró allí la Misa de pontifical don José de Palos, y al otro día cantó una Misa solemne el Padre Fernando Navarrete, Superior de la Merced, en su iglesia, en la que, desde que él era Superior, no se había dejado ni un solo año de solemnizar la fiesta de San Ignacio. […] (Charlevoix, 1910-16, V, p. 257).

La fundación de una mítica reducción como la de Chiquitos merece ser recordada:

PRIMERA REDUCCIÓN DE CHIQUITOS.

[…] Y hasta pareció haber contribuido el gozo al restablecimiento de la salud de los enfermos, quienes pocos días después corrieron al bosque a cortar un árbol, del que hicieron una gran cruz. Plantóse el último día de diciembre en el paraje donde tenían intento de fabricar la iglesia. Posternáronse todos para adorarla, y el Padre cantó el *Vexilla Regis* y la letanía de la Virgen, y puso solemnemente a toda la nación de los chiquitos debajo de la protección de la Madre de Dios. (Charlevoix, 1910, IV, p. 174).

Después de la fundación de la Casa de los jesuitas en la ciudad de Asunción, actualmente capital de Paraguay, depositaron el Santísimo Sacramento con grandes expresiones de júbilo:

COLÓCASE EL SANTÍSIMO SACRAMENTO EN NUESTRA IGLESIA, CON GRAN SOLEMNIDAD.

[…] Señalóse día para la traslación solemne del Señor Sacramentado, y fue el de todos Santos[25] de este año, para lo cual se adornó toda la iglesia, con cuanto rico, y vistoso tenía la ciudad, compitiéndose todos en la gloriosa emulación de despojar sus casas, por consagrar sus preseas[26] más apreciables a los Cultos de su Criador, y al majestuoso aliño de su Templo. Dispusóse una procesión solemnísima, con asistencia de la Clerecía, Religiones, Cabildos y Nobleza: y se hizo con tan lucida pompa, que nada echó menos el deseo de cuanto puede hacer una fiesta plausible, y las invenciones de fuego, las salvas de artillería, los júbilos de danzas y músicas, el estruendo marcial de las cajas[27] y clarines, y el alborozo universal, fueron cuales no se pueden fácilmente expresar, y se manifestó bien claro, eran devotos desahogos de un afecto muy entrañable, que los jesuitas se habían granjeado de todos. […] (Lozano, 1754, II, p. 247).

Y sacar en procesión al Santísimo Sacramento también es motivo para gozar de la música:

PROCESIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Pero nada hay comparable a la procesión del Santísimo Sacramento; y puede decirse que sin emplear en ella riqueza ni magnificencia forma un espectáculo que en nada cede a cuanto en otras partes se ve, por espléndido y magnífico que sea. Dícenos en general D. Antonio de Ulloa, que se ven allí muy hermosas danzas, y muchas de ellas de más mérito que las de la provincia de Quito; que los danzantes llevan trajes muy pulcros y que la pompa iguala

25 Día de Todos los Santos.
26 Alhajas, joyas o cosas preciosas.
27 En el original: caxas.

a la de las mayores ciudades; pero viéndose aquí más decencia y devoción. Ya he dicho que nada había de precioso, pero todas las bellezas de la sencilla naturaleza se combinan con tal variedad, que la representan en todo su esplendor. Hállase, por decirlo así, la naturaleza viviendo en esta fiesta: pues entre las flores y ramas de árboles que forman los arcos triunfales, bajo los que pasa el Santísimo Sacramento, se ven revolear aves de todos colores, atadas por las patas con hilos tan largos, que parecen gozar de su plena libertad, como si de sí propias hubiesen venido a mezclar sus gorjeos con el canto de los músicos y de todo el pueblo, [...] De trecho en trecho se ven leones y tigres bien encadenados para que no turben la fiesta, [...] El gorjeo de los pájaros, el rugido de los leones, el bramido de los tigres, la voz de los músicos y el canto llano del coro, todo se deja oír sin confusión y forma un concierto único (Charlevoix, 1910, II, p. 88-89).

PROCESIÓN INDECOROSA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

[...] Salió al punto de la iglesia el Gobernador; y Obispo se dispuso a decir Misa. [...] Acabada la Misa, dispuso una procesión, que se verificó en el orden siguiente: Abrían la procesión las indias, llevando cada una un ramo verde en la mano. Seguían las cantoras, entonando el *Pange Lingua;* tras de las cuales iba el Prelado llevando el Santísimo Sacramento, y cerraban la comitiva los indios y todo el pueblo. Salió la procesión de la iglesia al son de las campanas y se adelantó hasta la plaza, donde estaban armados los indios de las reducciones. [...] (Charlevoix, 1910, III, p. 115).

Seguir expandiendo la fe y poder abrir otra casa de los jesuitas, ahora en la ciudad de Santa Fe, Argentina, es un buen motivo para una misa cantada:

CARTA DE LA CIUDAD DE SANTA FE AL PADRE PROVINCIAL DEL PERÚ.

[...] Llegó [el Padre Juan Romero] a esta Ciudad [de Santa Fe], para grande dicha nuestra, donde por espacio de cinco meses ha predicado frecuentemente, catequizado, [a]doctrinado a españoles e indios, con gran consuelo y bien de las almas, alumbrándolas con la luz de la doctrina saludable, para conseguir su salvación y de nuestros indios encomendados; y ya nuestros hijos en la continuación de tan santa doctrina, van por el camino que deseamos. Lo cual visto por este Cabildo, nos hemos resuelto de comprar para la santa Compañía un sitio, y enarbolar en él Cruz, con alegría universal de la Ciudad, y se han comenzado a abrir las zanjas para la iglesia, y el Padre Rector dijo en él una Misa Cantada, con toda solemnidad y concurso del Pueblo, [...] (Lozano, 1754, II, p. 269).

El virtuoso P. Juan Saloni bien merece un responso cantado:

> CAPITULO XV. ÚLTIMA ENFERMEDAD, Y PRECIOSA MUERTE DEL VENERABLE PADRE JUAN SALONI, [...].
>
> CONMOCIÓN RARA DE TODA LA CIUDAD A VENERAR SU CADÁVER.
>
> [...] y acudió tanta multitud de todos estados y condiciones a venerar el cadáver, que fue menester mucha diligencia para embarazar que la devoción del pueblo no llegase a exceso. Señaláronse en estas demostraciones el Provisor del Obispado, Licenciado Rodrigo Ortiz Melgarejo, el P. Guardián de la Orden Seráfica[28] y el Padre Comendador de la Real y Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced; pero excediólos a todos el Ilustrísimo Señor Obispo del Tucumán, quien en el corto tiempo que conoció al Siervo de Dios, cobró de sus singulares virtudes altísimo aprecio, y le significó bien en la ocasión, venerando su cadáver con tierna devoción. Luego se vistió de Pontifical, y acompañado de cuantos clérigos y religiosos había en la ciudad, fuera de toda la nobleza, le cantó un solemne responso en la misma pieza interior donde yacía el féretro, [...] (Lozano, 1754, III, p. 404).

La paz de los españoles con los caciques de algunas provincias de Chile es motivo de alegría y de dar gracias al Señor:

> PACIFÍCANSE LAS PROVINCIAS DE LA CORDILLERA.
>
> Cuanta alegría causase esta nueva en la Concepción, nada lo expresará mejor que las demostraciones festivas que se siguieron, porque luego que se recibió, se mandó celebrar con repique de campanas; y para el día siguiente, que era domingo, se dispuso una solemne Procesión General, desde la Catedral a la Iglesia del Seráfico Patriarca, donde hubo Misa Cantada en acción de gracias y Sermón al intento. (Lozano, 1755, VII, p. 482-483).

Recordaron a mártires con una misa cantada:

> HACE EL P. [LUIS DE] VALDIVIA TRAER LOS TRES CUERPOS A LEVO, DE DONDE SE TRASLADARON A LA CONCEPCIÓN.
>
> [...] Al día siguiente se celebraron Honras, no lúgubres, sino festivas, cantando una Misa de acción de gracias a la Santísima Trinidad, que tan admirable es en sus escogidos, disponiendo por tan varios caminos y maneras los medios de su predestinación. [...] (Lozano, 1755, VII, p. 526).

28 Nombre con el que también se conoce la Orden fundada por san Francisco de Asís.

HONORES QUE SE HICIERON A LOS MÁRTIRES.

[…] Llevaron los féretros [de los tres primeros mártires del Paraguay] los jefes españoles y los caciques indios por su turno. Cantóse una Misa solemne. El P. [Diego de] Boroa pronunció el elogio de los tres Confesores de Jesucristo, después de lo cual se cantó un *Te Deum.* […] (Charlevoix, 1910-16, II, p. 264).

También se cantaban las misas solemnes:

VENSE REDUCIDOS LOS ENEMIGOS A GRANDES ANGUSTIAS.

A 20 de agosto [de 1710], después de haberse cantado una Misa solemne de San Bernardo, a quien está dedicado aquel día, y que es uno de los patrones de la ciudad de Salta, se puso en marcha D. Esteban hacia el río Bermejo, […] (Charlevoix, 1910, IV, p. 262).

Música para las nuevas monjas:

DALES EL HÁBITO EL OBISPO Y ENCIÉRRENSE EN LA CLAUSURA.

Celebró órdenes ese día el Obispo [de Tucumán], y Misa Pontifical, en que predicó nuestro Provincial con la elocuencia y espíritu que solía; y luego, sacando en azafates de plata los Hábitos, para bendecirlos, se los fue dando su Ilustrísima a cada una. Fue acto de rara ternura y devoción, […] Pausando estas demostraciones bien sentidas al cabo de rato, pudo la música entonar el *Veni Creator Spiritus* y el *Te Deum Laudamus*; y llevando las monjas antorchas, cuyas llamas aún no expresaban con bailante propiedad el ardor de sus afectos, entraron en bien ordenada y devota procesión por las puertas de la Clausura [del convento de Santa Catalina, en Córdoba], como si entraran, a imitación de las Vírgenes prudentes, por las de la Gloria a celebrar las bodas del Cordero Inmaculado, que las recibió como merecía su prontitud amorosa en seguir sus voces y hacerle entera y perfecta entrega de sí mismas y de todos sus afectos. (Lozano, 1755, VII, p. 590).

11.3.5. La música en hechos milagrosos

Nos acercaremos ahora a hechos milagrosos relatados por nuestros jesuitas con ingenuo fervor; casos taumatúrgicos que merecieron la celebración acompañada de música.

Los cánticos espirituales muy bien aprendidos por unos indios detienen a los mismísimos demonios:

XVII. *PROSÍGUESE LA MISMA MATERIA DE CASOS PARTICULARES SUCEDIDOS EN ESTA MISMA REDUCCIÓN DE LORETO.*

> [...] Apareciéronse cinco demonios en la reducción de San Ignacio, vestidos los cuatro al modo nuestro, con sotanas negras, y por ornato unas listas como de oropel, los rostros muy hermosos; el quinto apareció en la forma que pintan a la Virgen; pero como siempre miente, aunque finja verdad, en la misma ficción descubre el sello de su mentira. Traía dos niños en sus brazos; hiciéronse encontradizos con unos indios, los cuales al sonido suave con que iban cantando a dos coros, e imitando el tono de las letanías de nuestra Señora, como se cantan en aquellas iglesias en canto de órgano, se detuvieron, pero advirtieron que no decían nada de alabanzas ni cosa perceptible; concibieron que debía de ser cosa celestial, según las voces, [...] (Ruiz de Montoya, 1639, p. 23v; Ruiz de Montoya, 1892, p. 77).

Escuchar a un alumno de canto siempre es grato, pero si éste ya está muerto, parece significar que al maestro se le han acabado los días:

XVIII. *DE OTRAS COSAS QUE SUCEDIERON.*

> El Padre Juan Vasco, flamenco de nación, que trabajó apostólicamente en aquellas reducciones y puso la música en maravilloso punto entre los indios, y de quien dirá más larga historia, estando en Loreto muy enfermo, oyó que en la ventana de su aposento había ruido por de fuera, y al fin tocaron a la ventana, preguntó el Padre quién era. Respondió el que tocaba, y dijo: Ea, Padre Juan, vámonos al cielo. Conocióle muy bien en la voz, que era un cantor discípulo suyo; admiróse el Padre de oirle allí, sabiendo que estaba en su casa muy enfermo y sin poderse levantar; preguntónos por él y el estado de su enfermedad; dijímosle que en aquel punto había espirado, entonces el buen Padre dijo: «Ya es llegada mi hora, porque ahora me llamó y convidó para que fuésemos al cielo; yo muero muy consolado de morir en tan dichosa demanda de la conversión de los indios.». Y así murió muy en breve. [...] (Ruiz de Montoya, 1639, p. 24r; Ruiz de Montoya, 1892, p. 82).

También del lado de los indios pueden suceder hechos milagrosos, por supuesto, por culpa del demonio:

CAPÍTULO XXI. BREVE DESCRIPCIÓN DE LA PROVINCIA DEL CHACO; COSTUMBRES Y CUALIDADES NATURALES DE SUS MORADORES, Y FUNDACIÓN DE UNA NUEVA REDUCCIÓN EN ELLA.

> [...] Habían estado algo lejos del pueblo haciendo un baile con grande bulla y algazara, y poniendo en medio de la rueda un calabazo, que por arte del demonio danzaba también con ellos, se convinieron todos en darle aquella noche la muerte, para verse libres de una vez de su celo y represiones. [...] (Fernández, 1726, p. 429; Fernández, 1895, II, p. 222).

Si la oración viene del fondo del corazón, aunque esté desafinada, siempre será escuchada por Nuestra Señora:

> PROVEÉLES MILAGROSAMENTE DE AGUA MARÍA SANTÍSIMA.
>
> Tenían en su Iglesia Matriz una devotísima Imagen de Nuestra Señora, con advocación de *las Nieves*; dádiva en que el Santo Prelado Don Fray Antonio de San Miguel, cuando de esta diócesis fue promovido a la de Quito, les dejó depositado su propio corazón. Viéndose apurados de la sed los vecinos cierto día, en que ya contaban tres, sin haber gustado un trago de agua, estaban para perecer: pero ardiendo más vivos la confianza y el afecto a su Celestial Patrona en el mayor aprieto, acudieron a implorar su poderoso auxilio con súplicas tan tiernas que ablandaran pechos de bronce; y con la voz ronca, y mal formadas las voces clamaban a la que es fuente de aguas vivas para que les participase algún destello, que extinguiese el ardor que les consumía. Sacaron la imagen en devota procesión, cantando las letanías con voces al oído desentonadas; pero tan apacibles, y armoniosas para Dios, que despachó luego a su favor la súplica, obrando por intercesión de su Santísima Madre un prodigio maravilloso, [...] (Lozano, 1754, III, p. 342).

La llegada al Cielo de la gente buena, como el P. Juan Saloni, tiene como banda sonora una música celestial:

> CAPITULO XV. ÚLTIMA ENFERMEDAD Y PRECIOSA MUERTE DEL VENERABLE PADRE JUAN SALONI, [...].
>
> RECIBE [EL P. JUAN SALONI] LOS ÚLTIMOS SACRAMENTOS CON EXTRAORDINARIA DEVOCIÓN.
>
> [...] Y así, vuelto al Padre [Marciel de] Lorenzana que le asistía, le dijo con gran serenidad y alegría: *Yo he recibido en mi pecho a mi Señor Jesucristo, y no tengo duda de que me lleva a la posesión de su Gloria.* Empezó entonces a padecer un dulce recogimiento, en que se le apareció una lucida tropa de bienaventurados, noticiándole de su cercano fin, y prevenida felicidad, lo que le anegó su espíritu en tan excesivo gozo, que no cabiendo en los anchurosos senos de su corazón se desahogó por los labios, pidiendo a los circunstantes que le acompañasen en el canto, por estar su aposento convertido en Paraíso con la celestial música que le daban los espíritus soberanos. Pidió luego la extremaunción, [...] (Lozano, 1754, III, p. 403).

También en Chile han sucedido hechos curiosos:

> CASTIGO DE UNO QUE SE ATREVIÓ A CANTAR VERSOS LASCIVOS.
>
> Eran sin duda no ordinarias las que su Divina Majestad usaba con los soldados de Arauco, que animados con los ejemplos de los Congregantes Marianos,

florecían en piedad, fomentada por[29] las continuas pláticas y sermones de los misioneros, quienes peleaban a favor de la virtud contra los vicios, no sólo con las palabras sino con la santidad de sus vidas, que es arma mas poderosa; y echando Dios la bendición a sus fatigas, las hacía más fructuosas con algunos portentos. Entre otros, merece particular memoria el que le sucedió a cierto soldado, que hallándose desvelado en la cama, se quiso entretener en cantar algunos versos indecentes contra lo que aconsejaban los misioneros, y ya predicaban comúnmente todos. Pocos versos había cantado, cuando de improviso le salteó[30] la memoria de otro compañero suyo[31] que poco antes había muerto de repente sin Sacramentos; a este saludable pensamiento sucedió un susto desmedido, por ver delante de si un espantoso esqueleto en la propia figura puntualmente con que solemos retratar a la muerte, y embistiéndole con ceño, luchaba con el miserable a brazo partido sin poderse desprender, hasta que rendidas las fuerzas con la fatiga, le llegaba a faltar el aliento; [...] (Lozano, 1755, v, p. 16).

Los peligros de estar sin confesión ante la llegada de la muerte:

MODO RARO POR DONDE OTRO SOLDADO DESHONESTO SE CONVIRTIÓ.

Otro soldado se entretenía en cantar antes de amanecer unos versos poco decentes, y salteándole en medio de su alegría un pensamiento de la muerte de otro compañero, que murió pocos meses antes sin confesión, sintió se echaba sobre él un bulto muy negro, y disforme, que causándole indecible espanto, ni aún advertencia le dejó para invocar el Dulcísimo Nombre de Jesús. El bulto, que decía tener la figura con que se representa la muerte, se abrazó con el soldado y lucharon ambos gran rato, hasta que ya rendido de la fatiga, se acordó en su corazón de la Virgen de la Caridad de Illescas, de cuyo distrito era natural[32], e invocándola en su favor, cobró alientos para nombrar también a Jesús; desapareció entonces el bulto, y a grandes voces empezó a llamar a los compañeros, pidiendo confesión. (Lozano, 1755, VIII, p. 801).

11.3.6. La música en la educación de los americanos

Los jesuitas se encontraron con una buena disposición para el aprendizaje manual de los niños aborígenes, así como para tocar instrumentos musicales, cantar y bailar, que predisponen a otros indios que les ven y oyen al acercamiento a la nueva doctrina:

29 En el original: de.
30 Le sobrevino de pronto.
31 Recordó a otro soldado.
32 Actualmente perteneciente a la provincia de Toledo.

XLV. *ADVERTENCIAS GENERALES.*

Son en las cosas mecánicas muy hábiles; hay muy buenos carpinteros, herreros, sastres, tejedores y zapateros, y si bien nada de estos tuvieron, la industria de los Padres los ha hecho maestros, y no poco, en el cultivo fácil de la tierra con arado; son notablemente aficionados a la música, que los Padres enseñan a los hijos de los caciques, y a leer y escribir; ofician las Misas con aparato de música, a dos y tres coros, esmerándose en tocar instrumentos, bajones[33], cornetas, fagotes, arpas, cítaras[34], vihuelas[35], rabeles, chirimías, y otros instrumentos que ayuda mucho a traer a los gentiles, y al deseo de llevarnos a sus tierras al cultivo y enseñanza de sus hijos. (Ruiz de Montoya, 1639, p. 64r; Ruiz de Montoya, 1892, p. 198-199).

MANDA EL REY CATÓLICO QUE SE EXPIDA UN DECRETO EN FORMA DE REGLAMENTO SOBRE LAS MISIONES DEL PARAGUAY.

[…] se empezó a disponer por orden de aquel príncipe [del Rey] un Decreto en forma de reglamento que fue firmado por S. M. el 28 de diciembre del mismo año [de] 1743. Mientras que se trabajaba en él, recibió el Rey una carta de D. José de Peralta, del Orden de Santo Domingo, y que acababa de suceder a D. Pedro Fajardo en el Obispado de Buenos Aires. El Rey ordenó que se imprimiese con su Decreto. Como contiene muchos pormenores sobre el estado en que se hallaba entonces la provincia del Río de la Plata, y las treinta reducciones, de las que acababa de hacer visita este Prelado por comisión especial de S. M., he creído que era necesario trasladar aquí buena parte de ella. (Charlevoix, 1910-16, VI, p. 95-96) […]

«Y porque no se falte a lo principal, que es el culto divino, tienen una escuela separada, donde enseñan los niños del gremio de cantores, y los que han de aprender las danzas para las fiestas del Señor: y a los maestros que están ocupados en estas distribuciones les hacen también aparte sus sementeras. En fin, Señor, estas Doctrinas y estos indios son una alhaja del real patrimonio de V. M. tan cumplida y correspondiente a su real celo y piedad, que si se hallare otra igual, no será mejor. […]» (Charlevoix, 1910-16, VI, p. 104).

Poco a poco, el proceso de inculturación iba dando los frutos esperados, en tanto en cuanto los indios iban cambiando sus costumbres.

CAPÍTULO XXI. BREVE DESCRIPCIÓN DE LA PROVINCIA DEL CHACO; COSTUMBRES Y CUALIDADES NATURALES DE SUS MORADORES, Y FUNDACIÓN DE UNA NUEVA REDUCCIÓN EN ELLA.

[…] Su empleo más continuo e infatigable, fue instruir a algunos mozos más despiertos, no sólo en las cosas de nuestra Santa Fe, más aún en el servicio

33 En el original: baxones.
34 En el original: citoras.
35 En el original: viguelas.

> de la Iglesia y de las funciones sagradas, enseñándoles el canto eclesiástico y las otras sagradas ceremonias, ministerio de trabajo y tedio increíble y sólo tolerable de una grande caridad y celo ardiente, porque era necesario poco menos que hacerles mudar naturaleza, domesticándolos y desvastándolos poco a poco, corrigiéndolos sin exasperarlos, y tolerándolos algún tiempo mal acostumbrados y viciosos, para hacerlos totalmente otros diversos de los que eran al principio. [...] (Fernández, 1726, p. 416; Fernández, 1895, II, p. 206).

Esta educación europea era bien recibida por los padres de todos esos niños aborígenes:

> MUDANZA DE COSTUMBRES, QUE SE SIGUIÓ EN LA ASUNCIÓN.
>
> [...] No se oían juramentos, chismes, ni murmuraciones; entre los casados reinaba la concordia; de noche se veían desiertas las calles, porque nadie se valía ya de su capa para la maldad; hacíase pundonor del recato, cuando antes sólo se celebraba con aplauso la disolución. En las inocentes bocas de los niños se escuchaban cantares devotos, o la Doctrina Cristiana, que aprendían con facilidad, y la enseñaban en sus casas, o a sus hermanas, o a los criados, con extraordinario gusto de sus padres. (Lozano, 1754, I, p. 54).

Los alumnos a su vez instruían a otros sobre la nueva cultura dominante que había llegado:

> FRUTO QUE HICIERON LOS MISIONEROS EN [LA CIUDAD DE] ESTECO [EN LA PROVINCIA DE TUCUMÁN].
>
> [...] Para que la ignorancia no se volviese a encastillar en los rudos y torpes ánimos de los indios, entabló el Padre [Alonso de] Barzana una escuela adonde con esmero enseñaba a dos, los más capaces de cada familia, las Oraciones, Mandamientos y Misterios principales de nuestra Santa Fe, y después de bien instruidos, quedaban en sus casas por Maestros, que doctrinaban a los demás; y fue traza verdaderamente inspirada del Cielo, porque muy en breve se aficionaron de manera todos los indios a la Doctrina Cristiana, que por las noches, en vez de los cantares profanos o supersticiosos que antes inficionaban la pureza de los aires, solo resonaban las divinas alabanzas, o los sagrados Misterios, con edificación, y consuelo grande de los españoles, que no cesaban de engrandecer las utilidades de aquella industria santa. (Lozano, 1754, I, p. 11-12).

Y en esa nueva cultura estaban los cantos piadosos y devotos:

> LO QUE OBRARON EN VILLARICA LOS DOS PADRES SALONI Y LORENZANA.
>
> Los dos huéspedes [los Padres Juam Saloni y Marciel de Lorenzana], émulos de los mejores carismas, en un mes, que llevaban orden para demorarse en la Villarica, no supieron, ni les permitió su celo estar un punto ociosos;

[a]demás de ayudar a sus Hermanos en todas las tareas referidas, con incansable tesón, entablaron que saliese los días festivos la Procesión de la santa Doctrina con la solemnidad, [igual] que en el Paraguay; introdujeron el uso de cantares devotos para desterrar el abuso de otros lascivos o profanos con que se inficionaban los aires y ofendían los oídos castos; y en los últimos días publicaron un Jubileo, a cuyo logro acudió pueblo innumerable, […] (Lozano, 1754, II, p. 254).

BAUTIZAN LOS MISIONEROS A CASI MIL INFIELES: CASAN A OTROS, E INTRODUCEN CANTARES DEVOTOS.

Reconocida la buena disposición, así de los moradores de aquel pueblo, como de los caciques mencionados, empezaron los Padres a catequizarles y predicarles con gran fervor de espíritu, concurriendo indios e indias a estas funciones con gran gusto, y comprobando con la continuación la sinceridad de sus ofertas. En menos de un mes se hicieron capaces del Catecismo cerca de mil personas, y contrajeron matrimonio trescientos pares de adultos con los Ritos de la Iglesia, mostrando gran estimación y aprecio de la nueva Ley, cuyos Dogmas repetían de continuo, para que su olvido no les ocasionase el quebrantarla: y para fomentar la piedad, conformándose los Padres con su genio, inclinado a la música, les hicieron aprender unas canciones devotas en su idioma, las cuales cantadas, desterraron el abuso de otras profanas, y servían de reclamo para atraer al Cristianismo los pueblos circunvecinos. […] (Lozano, 1754, III, p. 432).

1743. CAPÍTULO DE UNA CARTA DEL OBISPO DE BUENOS AIRES AL REY CATÓLICO.

«[…] Y lo que entre todo me enternecía, era ver entrar en las iglesias, al tiempo de cantar los pájaros, en que yo también estaba presente, unos ejércitos de angelicos[36] inocentes, de ambos sexos, separados unos de otros, alabando al Señor en cantos devotísimos y dulcísimos. […]» (Charlevoix, 1910-16, VI, p.103).

Todo esto se consiguió mediante la organización de escuelas. Es de sobra conocido que cuando un grupo de misioneros se asentaba en una zona, lo primero que instituían y construían era dispensario para atender los males físicos y una escuela para la enseñanza de letras y doctrina.

CONVIERTE EN COLEGIO LA CASA DE LA ASUNCIÓN, Y ABRE ESCUELAS PARA LOS NIÑOS.

[…] Por tanto, desde el principio del año de 1610 gozó del Titulo de Colegio, […] La juventud de aquella ciudad [(Asunción)] estaba bien estragada[37] con las licencias del país y vicios que brotan en su ardiente clima; por

36 Angelitos.
37 Estragada: corrompida.

lo cual ambos Cabildos, Eclesiástico y Secular, deseosos del remedio, confirieron con el Padre Provincial que sería gran servicio de Dios, y utilidad de la República, se encargase de su enseñanza la Compañía; y aunque al principio tuvo repugnancia en que la compañía se encargase de la Escuela de los niños, de leer y escribir, contentándose con tener sola la superintendencia, y que uno de los nuestros acudiese a menudo a enseñarles la Doctrina Cristiana; pero al fin en todo condescendió con su petición, y la del Gobernador y Obispo señalando por Maestro de Escuela al Hermano Miguel de Acosta que era excelente escribano y contador, y muy diestro en la música, que juntamente les enseñaba, para que oficiasen las Misas en la Catedral, y la experiencia mostró, haber sido importante esta diligencia, porque con la nueva educación mudaron las costumbres, aprendieron mucha virtud, frecuentaban con edificación los Sacramentos, y se hallaba la Catedral muy bien servida para la solemnidad de las Funciones Sagradas, de todo lo cual vivía la ciudad muy agradecida, viendo el buen logro de sus hijos. [...] (Lozano, 1755, v, p. 130-131).

INSTRUCCIÓN DEL PADRE PROVINCIAL DIEGO DE TORRES, PARA LOS PADRES QUE ESTÁN OCUPADOS EN LAS MISIONES DEL PARANÁ, GUAYRÁ Y GUAYCURÚS.

ÁBRASE LA ESCUELA DE NIÑOS.

«En lo espiritual, pongan luego la Escuela de niños, en la cual uno de los compañeros les enseñará la Doctrina, la cual dirán al entrar y salir de la Escuela mañana y tarde, hasta saberla muy bien: después bastará al salir la cual, y algunos cantorcicos[38] enseñarán a sus padres y parte de su casa, señalando premio al que mejor lo hiciere y corrigiendo al que faltare; y también dirán, cuando entran en la Escuela, o en su casa, o topan alguno: *Loado sea* JESÚS. También les enseñarán a leer, escribir, contar y tañer, habiendo comodidad, y oirán la primera Misa, y todos deprendan a ayudarla[39]; y a la noche canten la Letanía de Nuestra Señora, ó los sábados.» (Lozano, 1755, VI, p. 249-250).

MINISTROS DE LA IGLESIA.

«Tres veces al día se taña a la Oración, y de noche a las ánimas y salgan dos muchachos a exhortar, las encomienden a Dios, por el Pueblo; y tengan un fiscal, o dos, conforme al número de gente; y dénles algunos muchachos grandes, que los ayuden, y algún otro al sacristán, y señalen seis u ocho Cantores con que se solemnicen las Fiestas y Misas y Salves de Sábado y Fiestas principales, Tinieblas y lo demás que se acostumbra.» (Lozano, 1755, VI, p.250).

Leer, escribir, cantar y tocar instrumentos eran actividades educativas que servían para enseñar y expandir la doctrina católica en aquellas lejanas tierras del sur de América:

38 En el original: cantarcicos.
39 Aprendan a colaborar en misa.

INSTRUCCIÓN DEL P. PROVINCIAL PARA LOS PADRES JOSEPH CATALDINO[40] Y SIMÓN MAZETA[41], QUIENES SALEN DE LA ASUNCIÓN Y PARA EMPRENDER LA CONVERSIÓN DE LOS INFIELES DEL GUAYRÁ, Y SE REFIERE LO QUE OBRARON EN EL CAMINO.

«[…] Cuanto más presto se pudiere hacer, con suavidad y gusto de los indios, se recojan cada mañana sus hijos a deprender[42] la Doctrina, y de ellos se escojan algunos, para que deprendan a cantar y leer; el Licenciado Melgarejo hallare como hacerles[43] flautas, para que deprendan a tañer[44], se haga procurando enseñar bien a alguno, que sea ya hombre, para que sea Maestro. […]» (Lozano, 1755, v, p. 138-139).

[…] Póngase gran cuidado en el Catecismo, procurando que todos vayan entendiendo, y percibiendo todos los Misterios de Nuestra Santa Fe, conforme a su capacidad, y siempre sean los Sermones declarándoles algún misterio, artículo o mandamiento; repitiéndolo muchas veces y usando de comparaciones y ejemplos; y den orden, como en sus casas repitan, y confieran unos con otros la Doctrina, y la enseñen, especialmente los niños de la Escuela, y que canten por las calles los cantorcicos[45] santos [lo] que les enseñaren, […] (Lozano, 1755, v, p. 139).

DISTRIBUCIÓN, Y MÉTODO, QUE SE ENTABLÓ EN LAS REDUCCIONES.

Y por decirlo aquí de una vez, para adelante, pondré en este lugar el modo, que se entabló, después de fundada la Iglesia. Era cotidiano el ejercicio de hacer la Doctrina, mañana y tarde, a los muchachos y muchachas, a que en sitios separados daban principio, cantando las oraciones, y después repetían de coro el Catecismo, y se les explicaba algún punto, con método acomodado a su capacidad. De los muchachos se escogían los hábiles que aprendiesen a leer, escribir, cantar y ayudar a Misa, a todo lo cual acudían con puntualidad; […] (Lozano, 1755, v, p. 170).

TRATO CON LOS ESPAÑOLES.

[…] enseñábaseles [a los niños indios] a leer y escribir el latín a los que eran destinados a cantar en las iglesias, y aprendían todo esto de un modo admirable. Oyéndoles leer, cualquiera creería que poseen el idioma con perfección; y copian los manuscritos sin cometer ni una falta y con lindos caracteres. […] (Charlevoix, 1910, II, p. 57).

40 El P. José de Cataldino o José Cataldino fue el fundador en 1610 de las Misiones del Guairá (Antonio Astrain, S. J., 1912, XI).
41 Pedro Lozano también escribe el apellido Mazeta o Masseta como Maceta.
42 Deprehender o aprender.
43 En el original: les hacer.
44 En general tañer significa hacer música mediante un instrumento musical, no necesariamente de cuerdas.
45 En el original: cantarcicos.

Las habilidades de los americanos como intérpretes de música y fabricantes de instrumentos son descritas por el P. Pierre François-Xavier de Charlevoix con bastante minuciosidad:

> SU TALENTO PARA LAS ARTES: SU GUSTO PARA LA MÚSICA Y EL CANTO.
>
> Aprenden como por instinto todas las artes a que les aplican, y no se les han enseñado sino las que les son necesarias para no haber de recurrir a auxilios extraños. No se les ha reconocido capacidad inventiva para nada; pero muy pronto se descubrió que poseen en sumo grado el talento de imitar cuanto ven. Basta, por ejemplo, mostrarles una cruz, un candelero, un incensario, y darles la materia, para que los hagan muy parecidos; y costaría trabajo de distinguir la obra de ellos del modelo que tienen ante los ojos. Hacen y manejan muy bien toda clase de instrumentos músicos; háseles visto fabricar los órganos más complicados con sólo hacerse cargo de otros que habían visto, así como también esferas astronómicas, tapices al estilo de los turcos, y cuanto de más difícil hay en las manufacturas. Graban en bronce, después de haberlo bruñido, todas las figuras que les dibujan. Tienen naturalmente el oído fino, y una afición singular a la armonía. Asegura el Padre [Cayetano] Cattaneo, ya citado, que vio un niño de doce años tocar en el arpa, con mano segura y rápida las piezas más difíciles de motetes de Bolonia. Por otra parte, tienen bella y sonora voz, lo cual he dicho ya que se atribuye a las aguas de sus ríos. Todo esto indujo a sus Misioneros a entablar en todas sus iglesias un coro de músicos; habiéndoles dado a conocer, por otra parte, la experiencia, que nada contribuye más a inspirar devoción, a darles afición al culto divino y hacerles entender fácilmente las instrucciones que se les dan, que se han puesto en música.
>
> COMO FUERON ATRAÍDOS AL CONOCIMIENTO DE DIOS.
>
> Esa afición natural sirvió asimismo en gran parte para poblar las primeras reducciones. Los Jesuitas, navegando por los ríos, echaron de ver que cuando para explayarse santamente cantaban cánticos espirituales, acudían a oírlos tropas de indios, y parecían tener en ello gusto especial. Aprovecháronse de él para explicarles lo que cantaban; y como si tal melodía hubiera cambiado sus corazones, haciéndolos susceptibles de los afectos que les querían inspirar, no tenían dificultad en persuadirles a que los siguiesen; los hallaban dóciles, y poco a poco hacían entrar en sus ánimos los grandes sentimientos de la religión. De este modo realizaron en aquellos países salvajes lo que cuenta la fábula de Orfeo y Anfión.
>
> ARTES QUE CULTIVAN Y SUS TALLERES.
>
> Cada reducción tiene una escuela en que los niños aprenden a leer y escribir, y otra para la música y danza. [...] (Charlevoix, 1910, II, p. 59-60).

LA MÚSICA.

Por lo que he dicho de la afición natural que tienen estos indios a la música, ha podido entenderse que no habían de desperdiciar los misioneros este medio de atraer al cristianismo a los infieles a quienes la curiosidad o algún otro motivo llevaba a las reducciones, y de aficionar más al culto divino a los ya convertidos. Para esto se puso en música toda la Doctrina cristiana, lo que produjo muy buen efecto. Por otra parte, como una afición tan vehemente muestra o supone gran aptitud natural, se resolvió establecer en cada pueblo una escuela de canto llano y música. Enséñase a tocar toda clase de instrumentos cuyo uso es permitido en las iglesias: y causa pasmo el advertir que con sólo ver los instrumentos venidos de España, han aprendido a fabricarlos ellos mismos con perfección, habiéndoles costado poco el llegar a tocarlos como sus Maestros. Aprenden a cantar leyendo la música de las piezas más difíciles, y casi se podría decir que son cantores por instinto, como los pájaros. Estos músicos, mientras inspiran devoción a los demás, muestran estar ellos mismos penetrados de devoción: lo que prueba de paso que no han de hacer extraordinario esfuerzo, y que como el efecto natural de la música es despertar los sentimientos que cada uno tiene en el corazón, no halla el canto en ellos ni en los que los escuchan nada que no les impulse a aquel sentimiento de piedad. Vístense los músicos cuando cantan en la iglesia, así como los que sirven al altar, con traje muy limpio y decente. (Charlevoix, 1910, II, p. 86).

El buen trabajo educativo de los misioneros queda reflejado en la retina de los visitantes europeos:

[LLEGAN AL PARAGUAY DOS JESUITAS FRANCESES EN 1628].

En una de dichas cartas, que escribió [el P. Natividad Berthold] al desembarcar, dice que se advertía ya gran diferencia entre los indios de las reducciones y los otros; que estos últimos le parecieron más bien bestias que hombres, y que aquéllos nada absolutamente conservaban de bárbaro, ni aún en sus modales; que se maravilló mucho de oir uno que leía, en el Refectorio del Colegio durante la mesa, en español y en latín con tanta perfección como si poseyera estas dos lenguas, y que en las fiestas que celebraron en honor de su llegada, ejecutaron sus danzas con una música a dos coros conforme al buen gusto de Francia; que su primer maestro había sido un hermano jesuita, de nación francés; y que como una de las cosas que más habían contribuido a congregar y fijar aquellos indios era el canto y la música, se decía que aquel buen hermano con su violín había hecho a esta iglesia tanto servicio como muchos misioneros; que aquellos nuevos cristianos corrían tras él como tras su Orfeo; y que esto fue lo que acabó de resolver a los Fundadores de la República Cristiana de los Guaranís a hacerles aprender la música y manejar toda clase de instrumentos; y por fin, que los infieles, al verlos cantar y tocar sus instrumentos, y al verlos pintar, pasaban aunque fuera cuatro horas enteras inmóviles y como extasiados. (Charlevoix, 1910, II, p. 245-246).

11.3.7. La música para la conversión y la integración entre las dos culturas

Las armonías europeas maravillaban a los aborígenes, lo que era útil para un principio de evangelización:

> CAPÍTULO XIII. CONTINÚA EL P. LUCAS CABALLERO SU MISIÓN DE LOS MANACICAS.
>
> Haciendo, pues, labrar una gran[46] cruz, se fue con ella en procesión a la plaza, en donde la colocó en el mejor lugar por trofeo de la victoria, y en señal de la posesión que Cristo y su santa ley tomaban aquel día de los quiriquicas; y los cristianos entonaron las letanías a dos coros de música, lo que a los bárbaros, que nunca hasta entonces habían oído armonía de buen concierto, les pareció cosa del cielo, y estaban como absortos oyéndola. Hecho esto, mandó que trajesen los niños para bautizarlos. […] (Fernández, 1726, p. 259-260; Fernández, 1895, II, p. 24).
>
> CONVIÉRTESE TODO AQUEL PUEBLO [DE LOS QUIRIQUICAS].
>
> Estaba lleno de alegría el siervo de Dios, y los neófitos, gozosos de lo que acababan de oir, corrieron a abrazar al Mapono.[47] Para no perder instantes tan preciosos, el P. [Lucas] Cavallero[48] hizo labrar al momento una gran cruz, y todos quisieron tener parte en esta tarea. Lleváronla como en triunfo por la plaza mayor, cantando los chiquitos a dos coros las letanías de la Pasión. […] (Charlevoix, 1910, IV, p. 243).

Para entender el mensaje de los cantos espirituales su idioma debe ser conocido por el receptor. Esto es lo que comprendió el P. Lucas Caballero para llegar a los indígenas, componiendo letras en su idioma:

> CAPÍTULO XIV. VUELVE EL PADRE LUCAS [CABALLERO] A LOS MANACICAS, VISITA TODAS SUS RANCHERÍAS, Y SE RESTITUYE POR ESTE CAMINO A LA REDUCCIÓN DE SAN FRANCISCO JAVIER.
>
> […] Luego, para que las cosas que habían oído se les quedasen más vivas en la memoria, hizo a sus neófitos cantar las excelencias de nuestra fe y los vituperios de aquellos dioses, en ciertas canciones que él mismo había compuesto en aquel idioma, de lo cual recibió tanto gusto y contento aquella buena gente, que las quisieron oir muchas veces para aprenderlas, con tanto empeño, que en gran rato no dejaron descansar a los cantores. (Fernández, 1726, p. 265; Fernández, 1895, II, p. 31).

46 En el original: grande.
47 Sacerdote de la tribu.
48 Charlevoix escribe este apellido como Cavallero en lugar de Caballero.

VESE OBLIGADO EL P. CAVALLERO [EN 1707] A VOLVER A SAN FRANCISCO JAVIER.

[…] Al día siguiente los convocó a todos, les habló largamente de la santidad de nuestros misterios, y les dio cánticos traducidos en su lengua que contenían todos los artículos esenciales de la doctrina cristiana. Aprendiéronlos de memoria, y con ellos hacían resonar incesantemente sus aldeas y campos. […] (Charlevoix, 1910, IV, p. 244).

Y los indios iban en procesión cantando en su idioma palabras para el nuevo camino que estaban transitando:

ABUSO, QUE RETRAÍA A LOS INDIOS DE LOS SACRAMENTOS, DESTERRADO POR LOS JESUITAS.

[…] Siendo entonces sobremanera crecido el número de los indios, era igual el concurso a la explicación de la Doctrina Cristiana, que los domingos y fiestas se salía cantando por toda la ciudad, en lengua guaraní, en bien ordenada y devota procesión; esta se remataba con fervorosa plática, en que se imprimían en la sencillez de aquellos ánimos las más importantes máximas de la vida cristiana, oídas con lágrimas, que exprimía la compunción del auditorio, al mismo tiempo que estaba poseído de la admiración con la novedad de espectáculo, por ellos nunca visto. (Lozano, 1754, I, p. 54).

El recibimiento de los nativos a los generosos Padres, portadores de la Doctrina, se hacía cantando en su idioma:

VAN A MISIÓN A DOS PUEBLOS DE INDIOS, POR PETICIÓN DE SUS MORADORES

Estas ilustres obras granjearon gran opinión a nuestros misioneros; y no se estrechó ésta a los límites de aquel contorno, sino que se divulgó hasta otros dos pueblos más distantes cuyos moradores, anhelando a gozar semejante dicha, enviaron a algunos principales que suplicasen en nombre de todos a los Padres, se dignasen de ir a visitarles, y enseñarles el camino seguro del Cielo con sus santas instrucciones.

CON QUÉ APARATO FUERON RECIBIDOS.

Aceptaron los nuestros el convite, y fueron recibidos con demostraciones muy festivas, y aparato ostentoso, si se coteja con su miseria: porque adornaban las calles arcos de ramas verdes, entretejidos vistosamente, con flores de diversos colores, y poblados de varias frutas, y aves canoras, cuyas voces aumentaban la alegría del bullicio popular; tenían dispuestas danzas al sonido disonante de sus flautas, y bocinas, que suelen hacer más estruendo que música; pero en tales lances se ha de recibir su molestia con agrado, valiéndose del disimulo y de la paciencia para el aplauso. Al pasar arrojaban sobre los Padres diferentes flores, y algunos más intrépidos se acercaban,

> hasta ponerlas en su mano, deseando acreditar de ese modo su regocijo. Pero lo que mayor gusto causó a los Siervos de Dios, fue una devota procesión de niños, que les salió al encuentro, llevando enarbolado el triunfante Estandarte de la Cruz, y cantando en acordes voces la Doctrina Cristiana en su nativo idioma; estos los condujeron a su iglesia, donde esperaba gran concurso de mujeres, para dar la bienvenida a los nuevos huéspedes. (Lozano, 1754, I, p. 55).

El P. Alonso de Barzana les hablaba en su idioma y ellos abrazaban la Ley de Cristo cantando en su propio lenguaje:

> LO QUE OBRARON EN BENEFICIO DE LOS INDIOS DE AQUEL DISTRITO.
>
> [...] Predicábales en su nativo idioma el Padre [Alonso de] Barzana, con admirable elocuencia, y con no pequeño fruto; pues prendados de su afabilidad y movidos de la fuerza de sus razones, se iban en pos de él, atraídos de no se qué dulce violencia, que aunque la sentían, no acertaban a explicarla. Costábale poco el convencerlos a que abrazasen la Ley de Cristo, cuando era gente en quien se reconocía poca adhesión a sus errores, pero era imponderable el trabajo en instruirlos y disponerlos para recibir la gracia del primer Sacramento. Catequizábalos cada día, tarde y mañana y en las fiestas recogían ambos Padres a cuantos vivían en la ciudad, o en su comarca, y los llevaban en procesión, cantando por las calles en su lengua las oraciones, hasta llegar a la plaza. Allí les explicaba el Padre Barzana la Doctrina, y con pláticas, no menos fervorosas que elocuentes, les ponía aborrecimiento al vicio y amor a la virtud. Celebraban los Bautismos con toda la pompa posible, para hacerles concebir aprecio de aquel tan necesario Sacramento, siendo los indios, por lo común, gente que se mueve más por las señales exteriores que por lo que alcanzan a penetrar con su poco discurso. [...] (Lozano, 1754, I, p. 112).

Y en las reducciones chilenas sucedía lo mismo:

> PÁSANSE LOS JESUITAS A SU CASA PROPIA, Y DAN PRINCIPIO AL EJERCICIO DE NUESTROS MINISTERIOS.
>
> [...] Desde que estaban los Nuestros hospedados en el Convento de Santo Domingo [en la ciudad de Santiago], empezaron a entablar el salir por las calles cantando la Doctrina en lengua de los indios [chilenos]; y llegados a la Plaza, se les explicaban los misterios de nuestra fe, después que en forma de Diálogo la habían repetido, causando a todos no menos ternura que admiración esta función sagrada por su novedad, y por los efectos maravillosos que se experimentaban en la mudanza de las costumbres de aquella gente. [...] (Lozano, 1754, II, p. 160).

En Santiago de Chile hizo falta dominar lo que el P. Lozano llama lengua chilena para hacer entender a los indios ciertas reglas morales:

> REMEDIA LA AUTORIDAD DE LOS PADRES UNA OCASIÓN PÚBLICA DE PECADOS, QUE NO HABÍA PODIDO DESTERRAR LA JUSTICIA CON SU PODER.
>
> Solían los indios celebrar la solemnidad del Corpus con bailes a su usanza; pero a vueltas de estos, que parecían indicios de devoción a Misterio tan sagrado, se mezclaban ofensas gravísimas del Señor, que pretendían festejar, porque era moralmente cierta la embriaguez, y calientes con los brebajes, resultaban homicidios y otros escándalos que no se habían podido remediar. Noticiosos los nuestros de estos desórdenes, se empeñó el celo del Padre [Luis de] Valdivia en atajarlos para lo cual, saliendo acompañado del Padre Hernando de Aguilera, ambos con cruces en las manos, se encaminaron al lugar de citas juntas, donde estaban los indios repartidos en diez bailes diferentes, a que asistían con las mejores galas que alcanzaba su pobreza. Llegaron los Padres a tiempo, que se hallaban en el mayor fervor de su regocijo, sin atender a otra cosa, que a la destreza con que la mitad de ellos, subidos en unos palos de un pie de ancho, pero capaz de diez indios a lo largo, hacían sus mudanzas, con gran ligereza: y muchos empezaban a sentir los humos de los licores. Enarbolaron el estandarte de la Doctrina, e hincadas las rodillas empezaron a cantar la Oración del Padre Nuestro en su lengua. Quedaron sorprendidos de espanto a esta novedad los indios, y como si no estuviera en su mano otra cosa cesando de danzar, se hincaron también, y empezaron a responder al mismo tono. [...] (Lozano, 1754, II, p. 161).

El animoso y valiente P. Juan Romero difundía la doctrina cantándola y haciéndola cantar en guaraní:

> EMPIEZA A PREDICAR EL PADRE ROMERO EN LENGUA GUARANÍ, CON GRACIA Y COPIOSO FRUTO.
>
> [...] Saboreado con tan feliz suceso en el Sermón de San Pedro, se alentó a predicar el día siguiente el Sermón de su coapóstol San Pablo aún con mayor gracia y energía; y el día de la Visitación de Nuestra Señora, se expuso a confesar sanos y enfermos, con tanto gusto y tesón que juntaba con el día algunas horas de la noche, y dejaron en aquel pueblo, con ser grande, no sólo confesados y casados los cristianos que lo necesitaban, sino bautizados un gran número de infieles[49]; y tan impresas en la tierna niñez las armas del Evangelio, con el sello de la Doctrina Cristiana, que la enseñaban con la gracia de su edad, pero con la inteligencia superior a sus años a todos sus domésticos, con quienes se entretenían cantándola a coros hasta bien entrada la noche. De aquí pasaron a otro pueblo, donde el Padre [Juan] Romero predicó todavía con mayor expedición en la lengua guaraní, y con igual espíritu que en el antecedente, y no inferior fruto, porque haciéndole señor de la voluntad de todos, los hizo a todos Siervos de la Ley [de] Dios. (Lozano, 1754, II, p. 261).

49 En el original: mucho número de infieles.

APLICACIÓN DEL PADRE JUAN ROMERO AL CONFESIONARIO Y FRUTO QUE SE SEGUÍA EN LAS ALMAS.

[…] Empezóse a mirar con aplauso la virtud, con horror el vicio. Introdújose en los trajes la decencia, y desterrase como peste la profanidad. En lugar de los cantares peligrosos, se entablaron los de la Doctrina Cristiana, que eran ya el ordinario entretenimiento de los niños, la música de la juventud y el alivio de los caminantes. Finalmente, en solo cinco meses, que aquí [en la Ciudad de Santa Fe] se detuvo el Padre Juan Romero, perfeccionó la ocupación de años enteros, y dejó llenos de pasmo a los que experimentaban en si mismos tan prodigiosa mudanza, de que no sabían como mostrarse agradecidos. (Lozano, 1754, II, p. 268-269).

Ocurrió lo mismo con los diaguitas en su idioma:

LLEGAN A UN PUEBLO DE LOS DIAGUITAS, Y LO QUE OBRARON.

[…] Y a la verdad, todo desde luego estaba pronosticando la abundante cosecha, conque aquellos ánimos habían de responder al sudor, y trabajo de los Operarios Evangélicos, como en efecto pasó después de alguna contradicción, porque enterados de sus designios los diaguitas, no se puede decir [con] cuanto gusto recibieron, y más cuando les oyeron en una devota procesión cantar en su lengua kaká algunas devotas canciones que habían compuesto, y decorado para lances semejantes: porque con ser su ánimo tan agreste, daba gratos oídos a las armonías de la música. Despidiéronlos con agrado, y se retiraron a celebrar el Santo Sacrificio, para tomar posesión de aquel pueblo en nombre de Jesucristo, su verdadero Dueño; […] (Lozano, 1754, III, p. 429).

Y con los aymaras y quichuas:

CUANTO APROVECHÓ A LOS INDIOS DE DICHA CIUDAD [CUZCO].

[…] Dio feliz principio al Catecismo que[50] se[51] convocaba al[52] son de la campanilla los días festivos [a] todos los indios y esclavos de la ciudad, conduciéndolos a nuestro Colegio. Era tierno espectáculo ver, cuan numerosa procesión de esta gente salía de allí para la plaza, cantando por las calles en su lengua los Misterios Sagrados. […] (Lozano, 1754, III, p. 300).

Y en Santiago del Estero:

50 En el original: para.
51 En el original: que.
52 En el original: a.

AÑO DE 1603.

[…] Contrapusieron otras tantas para su remedio los Jesuitas, cual fue dar principio en nuestra Casa de Santiago [del Estero] en las Carnestolendas del año de mil seiscientos y tres a la solemnidad de las Cuarenta horas, haciendo la exposición del Santísimo Sacramento con la mayor solemnidad que hasta entonces se había visto en aquella ciudad; con que fue correspondiente el concurso de españoles e indios, unos picados de la curiosidad, otros atraídos de la devoción, y todos salían aprovechados de los fervorosos sermones que tarde y mañana se predicaban, para extirpar los abusos de las Carnestolendas, y se reconoció por los efectos el logro de la labor y doctrina. Añadióse a esto que la Cofradía del Niño Jesús celebró un convite para todos los pobres de la ciudad, y después del Sermón del primer día salió por las calles en procesión, llevando la Santa Imagen ricamente aderezada, y acompañándola más de mil almas, con antorchas encendidas, entonando la Doctrina Cristiana y otros cánticos devotos en su lengua, lo cual todo arrebató la atención de la multitud de los indios, que se pagan sumamente de todas las ceremonias exteriores, y los tuvo santamente divertidos, [a] fin que nadie se desmandase aquel día a despecho de Satanás, que solía tener libradas en sus licencias crecidas ganancias; […] (Lozano, 1754, III, p. 446).

Y en una de las más célebres misiones de Paraguay:

VISITA EL P. PROVINCIAL LA REDUCCIÓN DE SAN IGNACIO GUAZÚ [EN EL AÑO DE 1613].

Es verdaderamente espectáculo digno de admiración que una nación bárbara, altiva y belicosa, cual fue la guaraní, que llegó a ser temida del valor español, esté tan sujeta y rendida a dos desarmados sacerdotes que gobiernan un pueblo de cuatro mil almas, que no se vea resistencia a sus órdenes y en cualquier edad reciba el azote con una sumisión que espanta, pues acabado el castigo, se va a postrar el delincuente de rodillas ante el misionero, le besa la mano y le da las gracias, por el afecto paterno con que le ha corregido, diciéndole en su idioma: *Aguyebete, Cberuba, ebemboara qua à èpe*, que quiere decir: *Dios te lo pague, Padre, que me has dado entendimiento.*

[…] a instancias de los dos misioneros se determinó ir el Padre Provincial. Juzgaban conveniente y necesaria su ida; conveniente, por los buenos efectos que causaría en los neófitos con su presencia; y necesaria, porque la Instrucción que dio al Padre [Marciel de] Lorenzana, cuando le despachó al Paraná como para fundar y dar principio, estaba ya cumplida en la mayor parte, y se requería otra para gobernar las cosas ya asentadas; no podría darla con acierto sino viendo el estado presente de la Reducción [primitiva de San Ignacio], y enterándose por vista de ojos de lo que pedía su providencia y vigilancia. Sabía bien [el P. Provincial] la extrema necesidad que en San Ignacio padecían los dos misioneros, que eran ya por este tiempo el Padre Roque [González] y el Padre [Francisco del] Valle, y se vio forzado a

> llevarles algún socorro, por ser necesario acudir a los indios aún en lo temporal, porque como estaban muy pobres los atraían más fácilmente a la fe, con este cebo. (Lozano, 1755, VII, p. 617) [...]
>
> [En el recibimiento al Padre Provincial,] dos escuadrones bien ordenados de niños y niñas entonaban en su idioma, con sonora y dulcísima armonía, las alabanzas de la Virgen Soberana, y los adultos con los instrumentos de su música alegraban los aires, no menos que [las] danzas, a la moda de la nación, regocijaban a los circunstantes. [...] (Lozano, 1755, VII, p. 617-618).

Los músicos tenían una dignidad superior en relación a otros nativos debido a su función en las misas, por lo que recibían el Espíritu Santo:

> MODO SINGULAR CON QUE CELEBRA EL OFICIO DIVINO.
>
> No ocupaban todos estos procesos al Obispo de Asunción de manera que le impidieses idear, viéndose entre los indios, alguna nueva singularidad para aficionarlos al oficio divino. Había ejercitado el P. Nieto hombres y mujeres a cantar a dos coros salmos, himnos y cánticos en su lengua al son de los instrumentos que[53] usaban en sus juntas de diversión. Con esta música celebraba cada día el Prelado los divinos misterios, y al fin de la Misa hacía que se acercasen músicos y músicas para darles el beso de paz, diciéndoles: *Recibid el Espíritu Santo.* Veíasele también con frecuencia en las calles, seguido de una cuadrilla de indias que cantaban, y con el mismo acompañamiento iba a bendecir ríos y fuentes, mandándoles luego que tomasen de aquella agua y con ella rociasen las habitaciones con firme confianza de que atraería la bendición del cielo. (Charlevoix, 1910, III, p. 66-67).

Algunos, bien entrenados, podían cantar algún himno europeo en guaraní:

> INTRODUCE UNA GRAN DEVOCIÓN CON LA SANTA CRUZ.
>
> También se introdujo una gran devoción con la Santa Cruz, la cual se les enseñó a hacer públicamente adoración dos veces al día [a] los niños de la Escuela, una por la mañana al salir de Misa, y otra por la tarde al salir de la Escuela, y todos los adultos de ambos sexos los días festivos después, yendo en procesión muy devotos, respondiendo a cuatro niños cantores de buenas voces, que cantaban el himno *Vexilla Regis prodeunt*, traducido con mucha elegancia y propiedad en verso guaraní. (Lozano, 1755, VIII, p. 766).

Otras veces el recibimiento se hacía en el idioma que buenamente pudieran utilizar, pero no por ello era menos más emocionante para los misioneros:

53 En la traducción: instrumentos de que.

REGOCIJO CON QUE LOS INDIOS RECIBÍAN A LOS MISIONEROS.

No le salió fallida su esperanza, porque noticiados los caciques de la venida de los Padres, [...] al saber [que] estaban cerca de sus pueblos, explicaban en su recibimiento las ansias con que deseaban su llegada. Despoblábanse todos a recibirlos, y les conducían con la celebridad, que a su pobreza era posible. Todas las calles alfombraban de flores fragantísimas, para que ofrecía oportunidad la estación, que es allí la que en mayo en Europa: adornaban a trechos el paso multitud de arcos triunfales vistosamente dispuestos y tan elevados, que su mismo artificio estaba mudamente, insinuando la subida estimación, con que franqueaban las puertas de su población a los Varones Apostólicos. La música con que les festejaban, como la que sabían les había de ser más agradable, era cantar con mucho concierto en Procesión bien ordenada la Doctrina Cristiana, aunque les fueran sus ecos más apacibles si la oyeran en el idioma de la región; pero ellos la entonaban en el castellano, o latino, por ignorarla en el propio, que era en buen romance, empezar a confesar, que estaban totalmente sin noticia de los Sagrados Misterios, aún los que pasaban por cristianos mal disimulado el nombre en las obras. (Lozano, 1754, II, p. 225).

O el recibimiento es tan inolvidable que merece contarse en la crónica del P. Lozano:

AGRADECIMIENTO DE LOS INDIOS PERUANOS AL P. DIEGO DE TORRES [EN 1607].

[...] Pero a todos los demás indios excedieron sin duda en fineza los del Pueblo de Juli, a quienes miraba el padre siempre como a sus más queridos benjamines, por haber estrenado en ellos los primeros aceros de su fervoroso espíritu, cuando pasó de España al Perú, como dijimos en este *lib. 4, cap. 4*. Conociendo su llegada[54], se vistieron de libreas ricas y vistosas a su usanza, ordenaron danzas y otros regocijos; sonaron cajas[55] y clarines, que hacían armoniosa consonancia con las chirimías; tremolaron las banderas y sacaron los estandartes, que eran muchos y vistosos; aderezaron las calles con muchos arcos, y en forma de comunidad salió a caballo todo el pueblo, en mucha distancia, a recibirle, con tal aparato y estruendo, como pudieran salir en la venida del mayor Príncipe. Diéronle la buena venida, con grande urbanidad; y conduciéndole festivos a la Iglesia Mayor, que estaba ricamente adornada, parecía entrar en un Cielo, según la variedad acorde de instrumentos, que resonaban con suavísimos motetes que cantaron los músicos, siendo grandes las fiestas, y regocijos con que le cortejaron los días que allí se detuvo, en señal de la común alegría, que a todos igualmente se participaba, por verle y gozar de su preferencia en aquel pueblo. [...] (Lozano, 1754, IV, p. 719-720).

54 En el original: En sabiendo su venida.
55 En el original: caxas.

Un buen recibimiento a los Padres consistía, entre otros agasajos, en interpretar los más bellos cantos durante la procesión:

> PARTEN DE MBARACAYÚ A CIUDAD REAL, DONDE AMBOS [LOS PADRES CATALDINO Y MACETA] PADECEN MOLESTA ENFERMEDAD.
>
> De Mbaracayú partieron a pie por tierra al Guayrá, venciendo en este camino grandes dificultades, hasta llegar al Puerto del Paraná, donde los esperaba el Vicario Eclesiástico y los vecinos de la Ciudad Real, que los recibieron muy gozosos; y saliendo los niños en bien ordenada procesión, los llevaron cantando hasta la Iglesia. [...] (Lozano, 1754, V, p. 142).

Y una demostración de lo que son las reducciones animan a otros pueblos a pertenecer a ellas:

> GANA EL P. [DIEGO DE] BOROA LA VOLUNTAD DE UN CACIQUE PRINCIPAL DE LOS ITATINES.
>
> Recibióle pues a él, y a los suyos entre sus brazos, habiendo despachado muchos neófitos, que desde una larga distancia le viniesen acompañando, y juntamente un caballo, en que hiciese su entrada; y ella se celebró con instrumentos músicos, danzas, y otras demostraciones de regocijo. Estaba adornada la iglesia y altar cuanto permitía la pobreza del país. Cantóse la Letanía Lauretana a buenas voces; y como cosa nunca oída, causó mucho gusto al cacique, y no menos la Misa Cantada, para la cual se le convidó el día siguiente, admirándose los itatines de la destreza de los cantores, del orden y concierto de los Divinos Oficios, de lo augusto de las ceremonias sagradas y de la devoción de los cristianos, [...] (Lozano, 1755, VII, p. 630).

La destrucción de la cultura aborigen mediante el fuego —y el correspondiente temor que implicaba estos actos violentos— era propio de la interculturalidad en pañales que en aquellas épocas se practicaba:

> [...] Continuó por algunos días la explicación de la Doctrina Cristiana, oyéndole siempre con igual gusto y provecho; y pareciéndole ya tiempo de quitarles todas las ocasiones de recaer en la idolatría, ordenó que trajesen a la plaza los tabernáculos, las esteras y cuanto servía al culto de sus dioses, y pisándolo todo por escarnio y llenándolo de inmundicia, lo hizo abrasar, reservando solamente un instrumento astronómico de bronce, que representaba al sol y luna con los otros signos del Zodiaco; don que muchos siglos antes les habían dado los demonios, y después todos juntos se pusieron a bailar y cantar algunas canciones al son de los instrumentos que entre ellos se usan. [...] (Fernández, 1726, p. 272; Fernández, 1895, II, p. 39).

Instrumentos americanos para una religión europea:

> [...] El cacique y los principales quisieron tener la honra de formarla y ponerla en la plaza, no permitiendo que otros más inferiores pusiesen la mano en esta obra; luego, arrodillados todos alrededor de la cruz, la adoraron humildemente, y entre tanto las mujeres y el resto del pueblo estaba bailando y cantando al son de sus instrumentos, y los cantares eran alabanzas de la Cruz, de la santa ley de Dios y de la Santísima Virgen; [...] (Fernández, 1726, p. 283; Fernández, 1895, II, p. 51).

E instrumentos militares para incitar el temor a Dios:

> ENTRADA DE LOS MISIONEROS EN LA VILLARRICA.
>
> A gran costa de trabajos entraron por fin en la Villarrica del Espíritu–Santo, donde fue el día de su entrada solemnísimo, empeñándose todos los españoles a festejar su misma dicha, que por las noticias pronosticaban venía en compañía de los dos misioneros. Salieron todos a recibirlos con el mayor lucimiento que supieron discurrir. Era toda la villa emulación de los Elisios, que fingió la antigüedad fabulosa, ya por la variedad de arcos triunfales y flores fragantísimas de aquel país ameno con que estaban adornadas sus calles, ya por las vistosas galas con que se ataviaban sus vecinos, ya por la música y destreza de voces, ya por el ruidoso estruendo de los instrumentos militares; resultando de toda esta confusión la armonía, con que todos concordemente conspiraban a significar su excesivo gozo. [...] (Lozano, 1754, I, p. 62).

Poco a poco se cambian las costumbres, hasta las de importantes caciques como Miguel Atiguayé, de quien ya teníamos noticias por el P. Ruiz de Montoya:

> EJEMPLO DEL CACIQUE MIGUEL ATIGUAYÉ.
>
> [...] separado por su antojo de su legítima consorte, vivía mal amistado con otra india, diciendo que era su verdadera mujer, como en otros tiempos lo hizo creer a los misioneros, quienes después supieron con certidumbre el engaño. [...] (Lozano, 1755, VIII, p. 753).
>
> REDÚCESE A ECHAR DE SÍ LAS MANCEBAS Y ADMITIRÁ SU MUJER LEGÍTIMA.
>
> [...] pues había siempre mostrado repugnancia extraña en cohabitar con su verdadera consorte. Para satisfacer pues al público se dispuso la forma, que él aceptó, y cumplió al pie de la letra. Juntóse en la Iglesia todo el pueblo en un día solemne, y desde allí envió el Padre a su casa todos los caciques conducidos de un español, que tomando enmedio a Atiguayé, y a su legítima mujer, los vinieron cortejando hasta la iglesia, con el mayor regocijo de pífanos, flautas y atambores. Avíase aparejado en la Iglesia asiento particular para la cacica, que venía a su usanza ataviada de las galas, de que

> antes usaba la manceba, porque se las había mandado despojar Atiguayé, y hecho, que ella se vistiese un tipoy corto (traje propio de las mujeres guaraníes) como las otras indias ordinarias. Puesto cada uno en su lugar, hizo el Padre Simón [Mazeta] una breve plática, acomodada a las circunstancias, explicando el gozo inenarrable, que causa en el Cielo a los Ángeles y Santos, y al mismo Dios, la conversión de un pecador. (Lozano, 1755, VIII, p. 754).

En definitiva, la labor de los misioneros tuvo sus frutos según su perspectiva cristiana, claro está, fundamento de su obra evangelizadora y civilizatoria, y dichos frutos serían alabados por los europeos al visitar esas lejanas tierras del sur de América:

> [Carta del Marqués de Valle-Umbrosa al Comisario del Rey].
>
> «En lo demás, Señor, V. S. quedará muy contento al ver a los nuevos cristianos perfectamente instruidos en la Religión y en todas las obligaciones civiles; pero quizá se pasmará de su habilidad en las artes mecánicas y de su destreza en el manejo de las armas. Ni tendrá menos gusto en oir su música, cuyas piezas ejecutan todas con perfección. Tocan muy bien toda clase de instrumentos y sus danzas agradarían aun en Francia e Italia. En verdad es preciso confesar que sólo los Padres de la Compañía en América obran tales mudanzas. [...]» (Charlevoix, 1910-16, VI, p. 128).

11.4. Conclusiones

De la lectura de estas citas con referencias a las actividades musicales en las reducciones y también fuera de ellas, con todas las precauciones señaladas en la introducción a este trabajo, podemos inferir las siguientes conclusiones:

1 Se puede constatar la natural sensibilidad que tenían los indios hacia la música.
2 A la llegada de los españoles, la música aborigen —indescifrable para la mentalidad eurocentrista de los españoles a comienzos el siglo XVII— se manifestaba como algo propio, común y habitual de las costumbres americanas.
3 Lo anterior es el punto de partida de la emoción que habrían recibido al conocer el esplendor de la música barroca europea, aún interpretada rudimentariamente por sacerdotes, de los cuales pocos eran músicos profesionales, y más tarde por sus alumnos americanos.
4 En la vida de los aborígenes la música estaba presente antes, durante o después de las asambleas de decisiones importantes para la comunidad, en las actividades sociales de los indígenas (diversiones, cortejos, reuniones) y rituales religiosos, como los fúnebres, todos ellos generalmente junto al uso de bebidas.
5 Observamos que en todas las culturas, tanto en la europea como la aborigen americana, el baile siempre ha servido para fines sociales.
6 En las batallas, los guerreros americanos usaban instrumentos de viento y de percusión para infundirse ánimos en la lucha y atemorizar al enemigo.
7 También usaban la música para celebrar victorias, honrar a sus guerreros victoriosos y solemnizar graduaciones militares.

8 Ya dentro de las reducciones, la música en procesiones e iglesias, junto a la comida y bebida, servía para agasajar de la mejor manera a españoles como los misioneros y altos dignatarios civiles y eclesiásticos.

9 La música realizada por primitivas bandas militares españolas servirá en fiestas religiosas y estará al servicio de la belleza de los rituales y de la propagación de la fe.

10 La misa cantada fue un recurso musical muy habitual en las reducciones. Otros géneros religiosos utilizados, aunque los cronistas que nos informan demuestran aquí no ser muy expertos en música, han sido: motete, Te Deum, letanía lauretana y canciones espirituales.

11 Estos cánticos espirituales de alabanza y oraciones resonaban en los atardeceres de las reducciones para agrado de los misioneros. Fue otra forma de difusión de la doctrina católica.

12 Los actos fundacionales de iglesias y de casas de jesuitas, los rituales importantes, las procesiones, exequias y ordenaciones de monjas son merecedores de misas cantadas y de diversos cánticos religiosos.

13 Los jesuitas se encontraron con una gran facilidad para el aprendizaje manual de los niños aborígenes, así como una gran afición por tocar instrumentos musicales, cantar y bailar, que predisponen al acercamiento a la nueva doctrina a otros indios que les ven y oyen.

14 Dentro de la organización de escuelas para aprender a «leer, escribir, contar y tañer», ocupaba una parte importante, y demandada, la escuela de música para colaborar en las misas.

15 Eran notables las habilidades de los americanos como intérpretes de música y fabricantes de instrumentos, por lo que las enseñanzas recibidas en las reducciones tuvo como consecuencia la amplia variedad del instrumental folklórico y criollo que tiene la zona, aunque el desprecio hacia la capacidad intelectual de los indígenas, como el de su capacidad para la creación musical, era tan grande o mayor que el que tenían los hombres europeos hacia las mujeres europeas de su época.

16 Los músicos en las reducciones tenían una consideración especial por parte de los misioneros, en relación a otros nativos, debido a su importante función en las misas.

17 Para que pudieran entender los aborígenes el mensaje de la doctrina, los misioneros traducían a su idioma nativo el catecismo, las oraciones y diversos cánticos religiosos. A su vez la música, un idioma aceptado y bien recibido por todos, servía para que pudieran confluir distintos idiomas (español, latín, guaraní y otros idiomas de los grupos étnicos aborígenes) y conseguir una mejor comunicación.

18 Por ello encontramos ejemplos de como los sacerdotes misioneros difundían la doctrina cantándola y haciéndola cantar, por ejemplo, en guaraní y algunos indígenas, bien entrenados, podían cantar algún himno europeo en guaraní, todo ello ayudados por el soporte de los sonidos musicales.

11.5. Bibliografía primaria

DE CHARLEVOIX, P. Pierre François-Xavier: *Historia del Paraguay*. Con las anotaciones y correcciones latinas del P. Muriel, traducida al castellano por el P. Pablo Hernández. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez. En 6 tomos: Tomo Primero; 1910. 408 pp.; Tomo Segundo, 1912. 497 pp.; Tomo Cuarto, Tomo Quinto, 1915. 471 pp. Tomo Sexto, 1916. 483 pp. 6 8458. Es la traducción de: *Histoire du Paraguay*. Paris: Chez Ganeau (Imp. Didot), 1757. En 6 tomos. GMM1503, 2 27228.

FERNÁNDEZ, P. Juan Patricio: *Relación historial de las misiones de los indios, que llaman Chiquitos, que están a cargo de los Padres de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay*. Madrid: Manuel Fernández, Impresor de Libros, 1726. [XX+] 455 pp. 2 26691. Reimpresión: Madrid: Librería de Victoriano Suárez, Editor, 1895. Volumen Primero: Advertencia preliminar del editor, XVI + 282 pp. + 3 hojas sin numerar. HA 10433. Volumen Segundo: 325 pp. HA 10434.

LOZANO, P. Pedro: *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*. Madrid: Imprenta de la Viuda de Manuel Fernández, Tomo I: 1754, VI+767 pp. 2 62025; Tomo 2: 1755, II + 832 pp. 2 62026.

RUIZ DE MONTOYA, P. Antonio: *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús, en las Provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay, y Tápe*. Madrid: Imprenta del Reyno, 1639. VII+103fol. (213 pp.) R 3201 (R.MICRO 38182). Otra edición: Bilbao: Imprenta del Corazón de Jesús, 1892. 309 pp. 1 241556.

11.6. Bibliografía secundaria consultada

ANDRÉS, Ramón. *Diccionario de instrumentos musicales. Desde la antigüedad a J. S. Bach*. Prólogo de John Eliot Gardiner. Barcelona: Ediciones Península, 2001, 540 pp.

ARETZ, Isabel. *El folclore musical argentino*. Manuales musicales Ricordi. Buenos Aires: Ricordi Americana S.A.E.C., 1952, 271 pp.

ASTRAÍN, P. Antonio. «Prólogo» en: PASTELLS, R. P. Pablo: *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil)*. Según los documentos originales del Archivo General de Indias extractados y anotados por el R. P. Pablo Pastells. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, Tomo I: 1912. Prólogo del P. Antonio Astraín, p. IX-XXXIII + 601 pp.

CHARLEVOIX, Pierre François-Xavier de. En: https://es.wikipedia.org/wiki/Pierre_Fran%C3%A7ois_Xavier_de_Charlevoix [consultada el 6-IX-2016].

CLARO, Samuel. *La música en las misiones jesuitas de Moxos*. Revista Musical Chilena. Colección de ensayos, n.º 17, pp. 7- 26. Santiago de Chile: Universidad de Chile, Facultad de Ciencias y Artes Musicales, Instituto de Investigaciones Musicales, 1969.

CONTRERAS, Segundo N. *Disertaciones musicales*. Buenos Aires: Librería «La Cotizadora Económica» de Emilio Perrot, 1931, 128 pp.

DEL TECHO, P. Nicolás: *Historia de la provincia del paraguay de la Compañía de Jesús* (1673). Versión del texto latino por Manuel Serrano y Sanz. Prólogo de Blas

Garay. En 5 tomos. Asunción: Librería y Casa Editorial A. de Uribe y Compañía. Biblioteca Paraguaya, 1897.

GESUALDO, Vicente: *Breve historia de la Música en la Argentina*. Colección Breve Historia Claridad. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1998, 410 pp.

GUILLERMOU, Alain: *Los jesuitas*. Colección «¿qué sé?» n.º 12. Barcelona: Oikos-Tau Ediciones, 1970, 126 pp.

LAMAS, Andrés. «Introducción». En: LOZANO, P. Pedro: *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Ilustrada con noticias del autor y con notas y suplementos por Andrés Lamas. Tomo Primero. Buenos Aires: Biblioteca del Río de la Plata. Colección de obras, documentos y noticias inéditas o poco conocidas… publicada bajo la dirección de Andrés Lamas. Buenos Aires: Casa editora «Imprenta Popular», 1873. Portadas, 3 pp.+ Introducción por Andrés Lamas, CXLIII pp. + Libro Primero (20 capítulos), 468 pp.

MURÚA, Martín de. *Historia General del Perú. De los orígenes al último Inca.* Prólogo de José Manuel Fajardo. Edición y notas de Manuel Ballesteros Gaibrois. Madrid: Información y revistas, S. A. - Cambio 16, 1992, 190 pp.

SUÁREZ, Victoriano. Advertencia preliminar del editor. En: FERNÁNDEZ, P. Juan Patricio: *Relación historial de las misiones de los indios, que llaman Chiquitos, que están a cargo de los Padres de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez, Editor, 1895. Volumen Primero: Advertencia preliminar del editor, XVI pp. + 282 pp. + 3 hojas sin numerar.

TOQO, (Sixto Vázquez Zulueta). *Indiomanual. Manual para el uso del indio argentino*. Humahuaca: Intituto de Cultura Indígena, 1985, 272 pp.

VENIARD, Juan María. *Aproximación a la Música Académica Argentina*. Colección aproximaciones n.º 15. Buenos Aires: Ediciones de la Universidad Católica Argentina, 2000, 340 pp.